

dije que no sabía! ¡Usted me arrastró! ¡No puedo negarme cuando me piden las cosas... bondadosamente! ¿Y qué importa? ¡No le corté un brazo! Sin un brazo, hubiera podido quejarse. ¡Sin una pierna! ¡Pero fijarse en el pelo! ¡Qué idiota! ¡No! ¡Idiota, no! ¡El pelo crece! En una semana, usted, ¡puf! ¡hasta el suelo! *(El PELUQUERO le señala el sillón. El HOMBRE recibe el ofrecimiento incrédulo, se le iluminan los ojos.)* ¿Me toca a mí? *(Mira hacia atrás buscando a alguien.)* ¡Bueno, bueno! ¡Por fin nos entendimos! ¡Hay que tener paciencia y todo llega! *(Se sienta, ordena, feliz.)* ¡Barba y pelo! *(El PELUQUERO le anuda el paño bajo el cuello. Hace girar el sillón. Toma la navaja, sonrío. El HOMBRE levanta la cabeza.)* Córteme bien. Parejito.

(El PELUQUERO le hunde la navaja. Un gran alarido. Gira nuevamente el sillón. El paño blanco está empapado en sangre que escurre hacia el piso. Toma el paño chico y seca delicadamente. Suspira larga, bondadosamente, cansado. Renuncia. Toma la revista y se sienta. Se lleva la mano a la cabeza, tira y es una peluca lo que se saca. La arroja sobre la cabeza del HOMBRE. Abre la revista, comienza a silbar dulcemente.)

TELÓN

La malasangre

1981 (ocho escenas)

Fue estrenada el 17 de agosto de 1982 en el Teatro Olimpia de Buenos Aires, con el siguiente reparto:

Servidora de escena	Marisa Rouco
Asistente de dirección	Ernesto Korovsky
Escenografía y vestuario	Graciela Galán
Puesta en escena y dirección	Laura Yusem

ACTORES Y PERSONAJES

DOLORES	Soledad Silveyra
RAFAEL	Óscar Martínez
PADRE	Lautaro Murúa
MADRE	Susana Lanteri
FERMÍN	Patricio Contreras
JUAN PEDRO	Danilo Devizia

Escena I

Un salón hacia 1840, las paredes tapizadas de rojo granate. La vestimenta de los personajes varía también en distintas tonalidades de rojo. Una gran mesa de roble lustrado, enteramente vacía, un sofá, tres sillas de alto respaldo y un pesado mueble, aparador o cómoda, con candelabros. Un piano en un extremo.

Dos puertas laterales y a foro una ventana con cortinas. El PADRE, que viste de rojo muy oscuro, casi negro, está de pie, de espaldas, enteramente inmóvil, y mira hacia abajo a través de los vidrios de la ventana.

Después de un momento, entra la MADRE. Trae una bandeja con un botellón de cristal y dos copas.

MADRE.—Acá está el vino. *(Con una sonrisa tímida.)* Te lo quise traer yo.

PADRE.—Te lo agradezco. *(Una pausa. Secamente.)* ¿Por qué dos copas? ¿Quién bebe conmigo?

MADRE.—Pensé...

PADRE.—Mejor que no pienses. *(La MADRE deja la bandeja sobre la mesa. El PADRE vuelve a mirar por la ventana, el rostro ácido y malhumorado.)* Ninguno me gusta. Ninguno me gusta de todos éstos. No hay uno que valga nada. Creen que van a venir acá y que soy ciego y tonto.

MADRE.—*(Se acerca y mira con él.)* El tercero...

PADRE.—*(Friamente.)* El tercero, ¿qué?

MADRE.—Parece agradable.

PADRE.—*(Oscuro.)* Sí.

MADRE.—*(Pierde seguridad.)* Va a estar en la casa.

PADRE.—Sí. ¿Y con eso?
MADRE.—(Tímidamente.) Es mejor que sea agradable, ¿no?
PADRE.—Sí. Y también parece inteligente. (La remeda.) ¿No?
MADRE.—(Insegura.) No sé.
PADRE.—¿Y qué otras condiciones tiene? (Le toca un seno groseramente.) Mi mujercita sagaz.
MADRE.—(Se aparta.) Benigno, por favor.
PADRE.—(La rodea con un brazo, la hace mirar por la ventana. Con dulzura.) Miremos juntos. Dos ven más que uno. ¿Qué más ves?
MADRE.—Tiene aspecto... (Se interrumpe.)
PADRE.—Sí.
MADRE.—Es muy atildado.
PADRE.—Querés decir buen mozo.
MADRE.—No. Que está bien vestido. Con guantes... rojos.
PADRE.—¡Qué vista penetrante! ¿Y qué más ves? Estuve atinado en pedirte que miráramos juntos.
MADRE.—(Insegura.) Y... y no veo más.
PADRE.—Sí. Ves más. ¡Te gusta la cara! (La empuja brutalmente.) ¡Fuera!
MADRE.—¿Pero por qué?
PADRE.—¡Sólo mi cara tenés que mirar, puta!
MADRE.—Te miro, ¡y no me insultes!
PADRE.—(Como si hubiera oído mal, se toca la oreja. Mira a su alrededor, divertido.) ¿Qué? Yo dicto la ley. Y los halagos. Y los insultos. Dije lo que dije, y lo puedo repetir. (Muy bajo.) Puta.
MADRE.—Te pedí que no me insultes.
PADRE.—¿Por qué?
MADRE.—Por respeto.
PADRE.—(Como siguiéndole el juego, alarmado.) ¡Y pueden oír!
MADRE.—Sí.
PADRE.—No. Lo dije muy bajo. ¡Y lo puedo gritar alto! Nadie oye lo que yo no quiero. Oyen, pero no entienden. ¡Fuera, fuera de aquí!
MADRE.—(Se aleja hacia la puerta, se vuelve. Suavemente.) Te odio.
PADRE.—(Se dirige hacia ella.) ¿Qué?
MADRE.—No quise decirlo.

PADRE.—¿Qué? (Le toma el brazo, como si quisiera hacerle una caricia. Pero después de un momento, se lo tuerce.) ¿Qué? Yo tampoco entiendo lo que no me gusta oír. (Le tuerce más el brazo.) ¿Qué?
MADRE.—(Aguanta el dolor, luego.) Te amo.
PADRE.—(Dulcemente.) ¡Después de tanto tiempo! Otra vez...
MADRE.—(Guarda silencio un momento, luego, como el PADRE acentúa la presión.) Te... amo.
PADRE.—(La suelta, la besa en la mejilla. Con naturalidad.) Gracias, querida. Ahora dejame. Hace frío en el patio. Deben de estar congelados. No quiero que esperen más. (La MADRE sale. El PADRE toca el cordón del timbre. Mira por la ventana. Se asoma FERMÍN. Es alto y robusto, se advierte que entre el PADRE y él hay una especie de complicidad, de acuerdo tácito en sus respectivos roles.)
FERMÍN.—¿Señor?
PADRE.—(Mira por la ventana.) El tercero que se vaya. Hace frío.
FERMÍN.—Sí, señor.
PADRE.—¡Fermín! Si tarda, podés empujarlo.
FERMÍN.—(Como siguiendo un juego.) ¿Cómo sé que tarda? ¿Debe coirer? (El PADRE se encoge puerilmente de hombros. FERMÍN, con una sonrisa.) Lo haré, señor. (Sale.)
PADRE.—(Mira por la ventana.) Tomaste frío tontamente. Se va a mirar en el espejo y desconfiará de su cara o de sus uñas roñosas bajo los guantes. (Se vuelve. Infantil.) ¿Qué hice, qué hice? ¿Por qué me echan? Yo estaba ahí en la fila, ¡buenito! ¡Y me compré guantes rojos! (Mira.) ¡No con tanta brusquedad, Fermín! ¡Qué bruto es! (Ríe espasmódicamente, se atora. Acido.) Ninguno me sirve de todos éstos. El primero demasiado orgulloso, el segundo demasiado alto, el tercero no está, el cuarto... Y ese que sale de la fila, ¿cómo se atreve? ¿Es que «yo» dije que podían saltar como canguros para entrar en calor? (Mira algo que lo sorprende, se vuelve.) ¡Oh! ¡Oh, oh, Dios mío! (Ríe espasmódicamente, con alegría. Sacude el cordón del timbre.) Dios mío, te agradezco. Te agradezco la consideración a mis deseos, yo pecador. (Canturrea.) La madre se me calienta, la hija se me enamora... (Se asoma FERMÍN.) El que da vueltas... El que menos luce...
FERMÍN.—¿Lo echo a patadas?

PADRE.—¡No! Traelo aquí.

FERMÍN.—¿Los otros?

PADRE.—Que esperen. El frío es sano. Baja los humos. (FERMÍN sale. El PADRE se sirve vino y bebe. Contento.) Veremos si con éste ocurre lo mismo. (Ríe espasmódicamente. Canturrea.) La madre se me calienta, la hija se me enamora... (FERMÍN abre la puerta a RAFAEL, quien entra y se inclina. Viste un traje de tela liviana, está amoratado de frío. Tiene rostro muy hermoso, sereno y manso. Su espalda está deformada por una joroba y camina levemente inclinado.)

PADRE.—(Con una sonrisa cordial.) Adelante. (Avanza hacia RAFAEL. No le da la mano. Lo rodea y le mira la espalda. Ríe con su risa espasmódica.) Sí... Es contrahecho...

RAFAEL.—Señor...

PADRE.—Estará bien con nosotros. Como ve, tengo buen carácter. (RAFAEL sorbe.) Hacía frío afuera, ¿no? Me levanté tarde, la cama estaba caliente. Por eso esperaron tanto. Pero acá no. No hace frío. ¿O sí?

RAFAEL.—No... No, señor, no hace frío.

PADRE.—(Tímido.) Quiero pedirle... (Se interrumpe.)

RAFAEL.—¿Qué?

PADRE.—No lo tome a mal. Soy brusco, nadie me quiere, pero no se puede pedir a la gente que lo quiera a uno. Si no hay un interés... Usted tiene un interés.

RAFAEL.—Sí, señor.

PADRE.—Entonces... no digo amor, pero comprenderá.

RAFAEL.—(No entiende.) Sí, señor.

PADRE.—(En un arranque.) ¡Bueno, se lo pido! (Se queda en silencio, inmóvil. Luego camina nervioso. Se detiene, mira a RAFAEL como si esperara algo.)

RAFAEL.—A sus órdenes.

PADRE.—¡Es lo que quería oír! ¡Después no se queje! (Ríe, nervioso y espasmódico. Una pausa. Luego, tierno y casi lascivo.) Desnúdese.

RAFAEL.—¿Qué?

PADRE.—¡Dijo que sí, dijo que sí!

RAFAEL.—(Retrocede.) No...

PADRE.—Vamos... Entre hombres. Mi mujer quería quedarse, pero la eché.

RAFAEL.—¿Por qué?

PADRE.—¿Por qué la eché?

RAFAEL.—No. Por qué usted quiere...

PADRE.—¡Nunca vi! (Ríe, se atora.)

RAFAEL.—(Humillado.) No soy una curiosidad.

PADRE.—Yo tampoco. Y me desnudo. ¡Sólo cuando me baño! (Tierno y confidencial.) A oscuras. Lo otro a oscuras. Con un agujero en el camión. (Ríe, se tapa la boca, con vergüenza.)

RAFAEL.—No puedo. (Saluda inclinándose y se aleja hacia la puerta.)

PADRE.—¡Señor! (RAFAEL se vuelve.) ¿Vio cuántos esperan en el patio?

RAFAEL.—Sí.

PADRE.—Una larga fila. Muertos de frío. Saben que mi casa es rica, que mi trato es bueno. Y yo los miré, hace rato que los miro, y cuando apareció usted dije: ése. Ése.

RAFAEL.—¿Por qué?

PADRE.—(Remeda.) ¿Por qué, por qué? Por su linda cara. (Se acerca y le da vueltas alrededor.) Y es limpio. (Le pasa el pulgar por la mejilla.) Afeitado. (Señala la joroba.) ¡Pero esto! ¿Me deja... tocarla? Da suerte. (Ríe.) ¡Hombre afortunado!

RAFAEL.—(Pálido de humillación.) Soy un buen profesor.

PADRE.—(Suavemente.) Lo veremos. (Ansioso.) ¿Me permite?

RAFAEL.—No.

PADRE.—(Se acerca a la ventana, aparta la cortina y mira.) Lluve. Y no se van. Ni se guarecen bajo el alero. Disciplinados y en fila. Saben hacer buena letra. Saben que todo camino empieza con la buena letra. (Se vuelve hacia RAFAEL.) Pero yo ya elegí. A usted.

RAFAEL.—Soy un buen profesor.

PADRE.—(Blandamente.) Eso cuenta también. Desnúdese. (Ríe.) Hasta la cintura. Más no. (Le toca la ropa.) Limpia, pero raída. Liviana. Afeitado, pero macilento. Eso se llama hambre. Y no todos, en esta ciudad (ríe) quieren tener a un contrahecho en casa. Pero yo sí. Y no será un criado. Tendrá cuarto aparte. Se sentará a la mesa con nosotros. Y comerá. Nos trataremos de igual a igual.

RAFAEL.—Gracias.

PADRE.—Váyase, si quiere.

(Un silencio. Se oye la lluvia.)

- RAFAEL.—No quiero irme.
PADRE.—¡Trato hecho! Ordenaré que se vayan los otros. Carece de sentido hacerlos esperar. (Sacude el cordón del timbre.) Llueve mucho y el puesto está tomado.
FERMÍN.—(En la puerta.) ¿Señor?
PADRE.—El puesto está tomado.
FERMÍN.—Me alegro, señor. (Una pausa.) ¿Me necesita?
PADRE.—¿Yo?
FERMÍN.—Usted llamó, señor.
PADRE.—¿Que yo llamé? No me acuerdo qué quería. ¿Qué quería?
FERMÍN.—Ya entramos las jaulas con los pájaros.
PADRE.—¡Ah! ¡Eso! ¡Llueve tanto!
FERMÍN.—Usted sabe que a los pájaros los cuido. No debiera preocuparse, señor.
PADRE.—Gracias, Fermín. (FERMÍN se retira. El PADRE sonríe a RAFAEL.) Debiera preguntarle qué materias enseña.
RAFAEL.—Francés y latín, señor. Botánica, matemáticas.
PADRE.—¿Matemáticas también? ¡Soberbio! A mí me enseñará matemáticas, las niñas sólo necesitan saber que dos más dos son cuatro. (Vagamente lascivo.) ¿Y... y lo que le pedí...? (Bajo.) Desnúdese.
RAFAEL.—¿Para qué?
PADRE.—(Bromista.) Para saber si no miente.
RAFAEL.—No miento. (Con una sonrisa crispada.) Tengo joroba desde la infancia. Mi padre quizás fue jorobado también...
Nadie pudo decirme cómo la conseguí. Si usted quiere, puede tocarla.
PADRE.—(Seco.) No a través de la ropa.
RAFAEL.—No... puedo.
PADRE.—(Dulce y ansioso.) Quiero verla. Por favor.
RAFAEL.—(Lo mira fijamente. Después, con lentitud, se deshace el nudo de la corbata, se quita la chaqueta, la camisa.)
PADRE.—(Se acerca y observa con curiosidad, como a un animal extraño.) Nunca había visto. ¿Es un hueso?
RAFAEL.—(Con mortificación.) Hueso y carne.



Óscar Martínez y Lautaro Murúa en *La malasangre*.

PADRE.—Es muy lisa.

RAFAEL.—Sí, muy lisa.

PADRE.—(*Tiende la mano con asco, toca apenas.*) Es la primera vez que veo, que toco. Me da asco. Fuerte, compacta. ¿No le pesa? Pobrecito, debe pesarle. Como cargar una bolsa con piedras. Siempre. Cuando duerme y come y camina. Y... hace el amor.

RAFAEL.—No.

PADRE.—(*Ansioso.*) ¿No hace el amor?

RAFAEL.—No me pesa.

PADRE.—Los genes se acoplaron mal. (*Se tienta. Ríe espasmódicamente.*) ¡Qué capricho! (*Se despereza, enderezando su espalda.*) Cúbrase. ¡A ver si se le resfría! (*Ríe.*) Brindemos. Lo acepto. (*Sacude el cordón del timbre. Sirve dos copas. Tiende una a RAFAEL, quien se está vistiendo torpemente. Espera con la copa tendida. Risueño.*) Ligerito... Al amo no se lo hace esperar. (*RAFAEL toma la copa, nervioso, intenta beber, se la tira encima. El PADRE lo observa, ríe.*) Casi perfecto. (*Canturrea.*) La madre se me calienta, la hija se me enamora... (*Un poco antes ha entrado FERMÍN, respondiendo al llamado. Con curiosidad burlesca ha observado los gestos torpes de RAFAEL.*)

FERMÍN.—La corbata, señor, ¿se la anudo?

RAFAEL.—No, gracias.

PADRE.—(*A FERMÍN.*) Que vengan las damas. Está el profesor. (*Sale FERMÍN.*) Usted jamás hubiera pensado tener tanta suerte... Ni le pido referencias. Suerte, ¿eh? ¿Y por qué?

RAFAEL.—No sé, señor. Se lo agradezco.

PADRE.—¡Su joroba! ¡Muchacho, le da suerte! (*Ríe.*)

RAFAEL.—Sí, señor.

PADRE.—(*Se asoma a la ventana.*) Llueve. Dicen que en estos tiempos nadie es capaz de obstinarse en nada. (*Ríe.*) ¡Pero esos de ahí abajo! ¡Qué buena madera! La necesidad es la mejor obstinación... Esperan y no se convencen... ¡de que ya están sonados!¹.

¹ «sonado»: en Argentina, se dice de quien ha sufrido una pérdida o padecido las consecuencias negativas de algún hecho; coloquialmente «fracasado».

(*Entran DOLORES y la MADRE. DOLORES es una hermosa muchacha de veinte años, de gestos vivos y apasionados, y una especie de fragilidad que vence a fuerza de orgullo, de soberbio desdén.*)

PADRE.—Mi mujer, mi hija Dolores. (*A RAFAEL.*) ¿Cuál es su nombre?

RAFAEL.—Rafael Sánchez.

PADRE.—Rafael, digamos. (*A DOLORES.*) Te enseñará latín y francés. Botánica. ¿Sabés lo que es botánica?

DOLORES.—Sí.

PADRE.—Cómo son las hojitas y los árboles y los pajaritos en los árboles. (*Alusivo.*) ¿Te lo enseñaba el otro? (*DOLORES le vuelve la espalda.*) Y dibujo. (*A RAFAEL.*) ¿Dibujo sabe?

RAFAEL.—Sí, señor.

PADRE.—¡Una alhaja! Dolores, podés darle la bienvenida. (*A RAFAEL.*) Estaba muy encariñada con su viejo profesor. Bueno, no tan viejo, ¿no?

DOLORES.—(*Lo mira desafiante.*) No.

MADRE.—(*Tímidamente.*) No estuvo mucho tiempo...

PADRE.—(*La hace callar con una mirada.*) Ése es el peligro. Si son viejos son ñoños, y si son jóvenes son aprovechados. Pero algunos ya entran con el pie torcido en la vida, o la espalda (*festaja riendo con una corta risa que interrumpe cubriéndose la boca*), y no son peligro para nadie. (*A la MADRE.*) Traete tu bordado y sentate allí. (*Le señala el sofá.*) Pero te autorizo a ausentarte. (*Ríe espasmódicamente y sale.*)

(*DOLORES mira a RAFAEL, seria e inamistosamente.*)

MADRE.—(*Con una sonrisa torpe.*) Bienvenido. Estará cómodo con nosotros. Dolores es...

DOLORES.—(*La interrumpe, secamente.*) Como soy.

MADRE.—Siéntese.

RAFAEL.—Gracias. (*Pero no lo hace, ya que DOLORES y la MADRE están de pie.*)

DOLORES.—(*Lo mira. Después de un silencio.*) Es mejor morir de hambre que aceptar lo que no merecemos.

RAFAEL.—Soy un buen profesor.

DOLORES.—O lo que merecemos por taras.
MADRE.—(*Confusa.*) No le haga caso. Siéntese. (*Se sienta. RAFAEL hace lo mismo.*) ¿Comerá con nosotros? (*Teme haber hablado de más. Se levanta. RAFAEL hace lo mismo.*) O... tal vez con los criados. Pero la comida es buena. La misma. Sin vino.
RAFAEL.—Comeré con ustedes, señora. El señor ha tenido esa bondad.
DOLORES.—¡Qué extraordinario! Papá es demasiado bondadoso. (*Con una sonrisa torcida.*) Ya lo verá usted. Una bondad desbordante como un río... (*borra la sonrisa*) que ahoga. Mamá, te mandaron a buscar tu bordado. Y todavía estás acá. ¡Vaya, perrito!
MADRE.—¡Dolores!
DOLORES.—Y después venga, pero no habrá peligro. Lo dijo papá. (*Mirando a RAFAEL.*) ¡Y es cierto!
MADRE.—(*Torpe, a RAFAEL.*) Enseguida vuelvo. Si quieren empezar... (*Salé.*)
DOLORES.—(*Furiosa, va hacia el gran aparador, abre un cajón. Saca cuadernos, libros, una carpeta con dibujos. Arroja todo sobre la mesa.*) ¡Acérquese!
RAFAEL.—No sabía que tenía otro profesor. Entonces seguiremos...
DOLORES.—¡Nada! Tenía otro, ¡con la espalda derecha! (*Una pausa.*) Perdóneme. Quería decir... que no era servil.
RAFAEL.—Yo tampoco. (*Una pausa.*) O sí. (*Como ella lo mira, burlona.*) No hay límites muy claros, señorita.
DOLORES.—Para algunos. (*Abre la carpeta.*) Acérquese. Esto es lo que dibujo. Nada torpe, ¿no?
RAFAEL.—(*Mira.*) No. Está muy bien.
DOLORES.—Tengo talento.
RAFAEL.—Diría que sí.
DOLORES.—(*Ríe.*) Me los hacía mi profesor. A mí me tiemblan las manos. Odio el dibujo.
RAFAEL.—Yo haré que a usted le guste.
DOLORES.—¿Sí? (*Lentamente.*) Nadie hace que me guste nada.
¡Nadie hace gustarme nada!
RAFAEL.—Quiero decir...

DOLORES.—Le haré salir canas verdes².
RAFAEL.—¿Por qué?
DOLORES.—Porque lo eligió mi padre.
RAFAEL.—También al otro.
DOLORES.—Al otro lo elegí yo. Sin mostrar demasiado interés, por supuesto. Duró quince días. Para mí era un viejo, pero a mi padre le parecía buen mozo, sospechaba. (*Ríe, ácida.*) No sólo de mí, también de mi madre.
RAFAEL.—(*Mansamente.*) No sospechará conmigo.
DOLORES.—(*Lo mira.*) No. Es evidente.
RAFAEL.—No me agrede.
DOLORES.—¿Yo? No me tomo el trabajo. Usted ya está agredido por naturaleza. (*Como RAFAEL va a hablar.*) ¡No me conteste! ¿Quiere vino?
RAFAEL.—No.
DOLORES.—¿Cómo va a tomar vino sin permiso? Yo sí. (*Se sirve y alza la copa hacia RAFAEL. Con una furia helada.*) Brindo por usted. Bienvenido a esta casa. (*Bebe. Arroja la copa contra la pared. Entra la MADRE. Mira con sorpresa. DOLORES, con hipócrita dulzura.*) Se me voló la copa, mamá. Quería servirle al profesor y se me voló la copa.

² «hacer salir (o sacar) canas verdes»: argentinismo con el significado de causar problemas o preocupaciones a una persona.

TEMPORADA 1982



TEATRO
olimpia
Directora: ANA BLUTRACH

SARMIENTO 777
TEL. 40-2678

Programa de mano de *La malasangre*.

Escena II

RAFAEL y DOLORES en el salón. Están estudiando, con libros y cuadernos sobre la mesa, sentados del mismo lado. Silencio. Se asoma la MADRE. DOLORES la mira friamente.

MADRE.—(Con una sonrisa incómoda.) ¿Todo bien?

RAFAEL.—Sí, señora. (Va a incorporarse.)

MADRE.—No, no, me voy. Sólo quería saber si necesitaban algo.

DOLORES.—(Con una dulzura venenosa.) No, mamá. Tanta preocupación me conmueve. Estamos estudiando, ¿no ves?

MADRE.—Sí, sí. (Torpe.) Estudien. Hasta luego... (Sale.)

DOLORES.—(La remeda con una sonrisa torcida.) Estudien... Me duele la cabeza. (Silencio de RAFAEL, los ojos bajos sobre su libro.) Se dice: lo siento o se pregunta si duele mucho. Hay que ser cortés. Me duele la cabeza.

RAFAEL.—(Sin levantar los ojos, neutro.) ¿Mucho?

DOLORES.—Sí, como para no poder escribir.

RAFAEL.—Está progresando muy bien.

DOLORES.—Soy inteligente. (Arroja el lápiz.) ¡No estoy en vena! (Se oye afuera el ruido de un carro y de las herraduras de los caballos sobre las piedras. Ambos atienden. DOLORES.) Todas las mañanas pasa. Pero por deferencia hacia mi padre, muchas veces no gritan... «melones».

RAFAEL.—(Sin levantar los ojos.) Sigamos. Si se esfuerza...

DOLORES.—¡Dije que no estoy en vena!

RAFAEL.—Se añade «or» para el comparativo. Por ejemplo, prudenti, prudentior...

DOLORES.—(*Se levanta y lo enfrenta del otro lado de la mesa. Acentúa.*) No me importa. No me in-te-re-sa.

RAFAEL.—(*Sin mirarla.*) Su padre ordenó que la mañana estuviese dedicada al latín.

DOLORES.—¡Mi padre es un imbécil! ¡Latín! En una ciudad salvaje. La mejor cabeza es la cortada. El mejor ruido es el silencio. Quiere que aprenda latín. ¡Hay que ser imbécil!

RAFAEL.—(*La mira.*) Si se niega a estudiar, tendré que decirselo.

DOLORES.—Acá son todos cuenteros³. Uno más no desbordará el río.

(*Se asoma el PADRE. Rápidamente, DOLORES toma una hoja, y luego, tanto ella como RAFAEL, se quedan quietos, como concentrados. El PADRE los mira y lanza su risa espasmódica. RAFAEL saluda y va a incorporarse. Con un gesto de la mano, el PADRE le indica que no, ríe y se marcha.*)

RAFAEL.—Deberé informarle...

DOLORES.—¿Y por qué no lo hizo? (*Lo remeda.*) Deberé informarle... ¿Y qué hará mi padre? ¿Me pondrá en penitencia? (*Niega, con una sonrisa burlona.*) Le rezongará a usted. Para eso le paga.

RAFAEL.—Síntese, por favor. (*DOLORES lo mira, finalmente se sienta en su lugar.*) Y el superlativo se forma agregando «ssimus», prudenti, prudentior, prudentissimus. (*DOLORES, con ostensible indiferencia, tararea.*) Atiéndame. Me hace el trabajo muy difícil.

DOLORES.—Para eso le pagan.

RAFAEL.—Me pagan para que le enseñe. No para que se burle de mí.

DOLORES.—«Sí», para que me burle de usted. Eso tranquiliza a mi padre.

(*Entra FERMÍN. Trae una bolsa granate, que mantiene alejada del cuerpo.*)

³ «cuenteros»: chismosos.

FERMÍN.—Permiso, señorita.

DOLORES.—(*Ve la bolsa, se incorpora con sobresalto.*) ¿Qué traés ahí, Fermín?

FERMÍN.—(*Con una sonrisa.*) ¡Melones! (*Mete la mano en la bolsa, la saca ensangrentada.*)

DOLORES.—(*Pálida.*) ¡Llévate eso! (*Se cubre la boca con la mano.*) ¡Huele mal! ¿Cómo...?

FERMÍN.—(*Sonríe.*) ¡Pasaron y compré! Pensé, a la niña le gustará. (*Hurga en la bolsa.*)

DOLORES.—¡No, no!

RAFAEL.—¡Salga de aquí!

FERMÍN.—(*Sonríe, pero oscuro.*) No me alce la voz, señor. Cuidado. (*A DOLORES.*) Niña, ¿qué piensa? Fui a hacer las compras al matadero. Y en el camino, pasó el carro. Mire. (*Saca un melón.*) Es un melón. Pura miel. Me dije, la niña se vuelve loca por los melones...

DOLORES.—Pero nunca... nunca más comí... (*Se rehace.*) ¡Qué broma estúpida! ¡Se lo diré a mi padre! ¡Bruto, bestia asquerosa!

FERMÍN.—(*Muy contento.*) ¡Niña! ¡Si fue su padre! Me dijo andá a divertir a la niña y al jorobado. ¡Estudian mucho! (*Ríe.*) ¿No lo quiere?

DOLORES.—¡No! (*Aparta el rostro.*) Rafael, sigamos con la lección. ¿Dónde estábamos?

FERMÍN.—(*Se buele la mano, se la seca sobre la ropa.*) Compré carne podrida. Para darle un susto. ¡Pero fue idea del señor!

RAFAEL.—Está bien, Fermín. Dígale gracias.

FERMÍN.—(*Pone el melón sobre la mesa, entre los libros.*) Lo dejo acá. Se lo pueden comer. (*Vengativo.*) ¡Le voy a decir al señor que no se divirtieron! La señorita cree que a los salvajes, inmundos, asquerosos, no se les debe cortar la cabeza. Es demasiado buena.

RAFAEL.—No. La señorita cree que es justicia. (*DOLORES levanta la cabeza, lo mira. RAFAEL, a DOLORES.*) Dios perdonará a los débiles.

DOLORES.—Yo no me perdonaré.

FERMÍN.—¿Se lo comen o no?

RAFAEL.—Más tarde.

FERMÍN.—¡No está maduro! (*Ríe.*) ¡Pura miel! ¡En invierno!
(*Sale.*)
RAFAEL.—(*Toma la fruta y la coloca sobre el aparador.*) Vamos a
terminar la lección.
DOLORES.—Gracias. (*Una pausa.*) Pero no necesita hablar
por mí.
RAFAEL.—No volveré a hacerlo. (*Hojea el libro.*) Acá estábamos.
Prudenti, prudentior, prudentissimus.
DOLORES.—Dije que me dolía la cabeza. Y ahora me duele
más. (*Con tierna burla.*) Rafael prudentissimus.
RAFAEL.—Por favor, sigamos. Está mintiendo.
DOLORES.—¡Nunca miento!
RAFAEL.—Veritas odium parit.
DOLORES.—¿Qué es eso? ¿Nunca mirás de frente?
RAFAEL.—(*Alza la cabeza y la mira.*) La franqueza engendra
odio.
DOLORES.—(*Ríe, luego.*) Te equivocás. Cuando te miro el rostro
me parece...
RAFAEL.—No hemos avanzado nada.
DOLORES.—(*Suavemente.*) ¿Conociste mujer?
RAFAEL.—No hemos...
DOLORES.—¡No hemos cuernos! (*Suavemente.*) ¿Conociste
mujer? (*Silencio tenso de RAFAEL.*) ¿No? (*RAFAEL cierra los
ojos.*) ¿Quién va a quererte, no? Por eso te eligió mi padre.
Me guarda para alguien como él. Más rico. Prefiero matarme.
Pero no. La muerte no me gusta. ¿A vos te gusta?
RAFAEL.—¿Qué?
DOLORES.—¡La muerte, bobo!
RAFAEL.—No.
DOLORES.—Entonces, te gusta lo mismo que a mí. (*Le pasa el
dedo por el dorso de la mano.*) ¡Qué hermosa manito!
RAFAEL.—(*Aparta la mano.*) Déjeme.
DOLORES.—Te dejo. (*Cambia de lugar.*) De frente pasás. Mirame.
(*RAFAEL alza la cabeza y la mira.* DOLORES, *sincera.*) Tenés
lindos ojos. Demasiado tiernos. (*Espera un comentario o
reacción que no se produce.*) Cuando te miro me parece que
no tenés...
RAFAEL.—(*Termina por ella.*) ¿Joroba? Pues la tengo, señorita.

DOLORES.—Eso tranquiliza a mi padre. Pero hace mal. Basta
que me prohíba una fruta para que me tiente comerla.
¿Me entendés?
RAFAEL.—No. Ni quiero.
DOLORES.—(*Dulcemente.*) ¿Te explico?
RAFAEL.—(*Tenso.*) No.
DOLORES.—Hay mujeres que... que se pueden enamorar de
los defectuosos...
RAFAEL.—(*Tenso.*) ¡Y defectuosos que por suerte no se enamoran
de las imbéciles!
DOLORES.—(*Ríe.*) ¡Ah, sos capaz de enamorarte!
RAFAEL.—Como cualquier hombre. Sigamos. El verbo varía
de terminación, Petrus amat...
DOLORES.—¿Y de vos se enamoraron?
RAFAEL.—(*Cada vez más tenso.*) Petrus amat, Petrus...
DOLORES.—(*Fría y autoritaria.*) Te hice una pregunta. Contestá-
tame. Acá los criados contestan cuando se los interroga.
RAFAEL.—¿Ya se le pasó el susto? Contestaré las preguntas
referidas a la lección. Y no soy un criado.
DOLORES.—¿Quién te dijo que me asusté? Hace falta más
que una broma idiota. Y si que sos un criado porque te
dejan a solas... conmigo. (*Exasperado, RAFAEL cierra brusca-
mente el libro.* DOLORES *sonríe, dulcemente.*) ¿Te enojaste?
RAFAEL.—No, señorita. (*Se controla, abre el libro.*) Sigamos.
DOLORES.—Lindos ojos... Tiernos y sedientos. Mirame.
RAFAEL.—Jamás la miraré.
DOLORES.—(*Persuasiva.*) ¿No?
RAFAEL.—Usted se confunde.
DOLORES.—¿Con qué?
RAFAEL.—Con el objeto de su... (*Va a decir algo irreparable, se
contiene.*)
DOLORES.—(*Fría.*) Terminá.
RAFAEL.—Quiero enseñarle lo que sé y basta. Es mi trabajo
y lo cumpliré a conciencia. No haga la coqueta conmigo
que no va. Soy su profesor y debe obedecerme... en
esto.
DOLORES.—(*Ríe, luego dulcemente.*) Lindos ojos... Sedientos.
(*Una breve pausa.*) ¡Pero qué problema abrazarte! (*Hace un
gesto hiriente como si no le alcanzara el brazo.*)

RAFAEL.—(*Se incorpora bruscamente.*) ¡Cállese, maldita sea! ¡Malcriada, odiosa!

DOLORES.—¡Servil!

RAFAEL.—¿Servil? ¡Pero tonta! ¡Orgullosa con el estómago lleno!

DOLORES.—(*Lo enfrenta muy cerca.*) ¡Ser-vil! (RAFAEL le pega una bofetada. DOLORES se lleva la mano a la mejilla, no puede creerlo, vacila un momento entre la humillación y el llanto, y se crispa de furia.) ¡Se lo diré a mi padre! ¡Ponerme la mano encima! (*Sacude frenética el cordón del timbre.*) ¡A mí! ¡Nadie me pegó jamás y que un...! ¡Se lo diré! ¡Te pondrá de patitas en la calle! ¡Jorobado!

RAFAEL.—¡No lo haga!

DOLORES.—¡Te meterá preso!

RAFAEL.—¡Le pido disculpas!

DOLORES.—¡Ni que te arrodilles! (*Se asoma FERMÍN.*) ¡Que venga mi padre!

FERMÍN.—¿Qué pasó, niña?

DOLORES.—¡Que venga mi padre! (*Sale FERMÍN.*)

RAFAEL.—¡Discúlpeme, por favor! ¡No debió ofenderme!

DOLORES.—¿Yo? Para que yo ofenda, ¡tiene que haber «alguien» para ofender!

RAFAEL.—No diga eso. La criatura más mísera puede ser ofendida.

DOLORES.—Está bien que reconozcas tu condición. ¡Yo te enseñaré quién obedece a quién! ¡Mi padre te lo enseñará más rápido!

RAFAEL.—(*Se encoge de hombros, triste.*) Como quiera.

(*Entra el PADRE.*)

PADRE.—(*Risueño.*) ¿Niños?

DOLORES.—(*Se abalanza hacia sus brazos.*) ¡Me dio una bofetada!

PADRE.—¿Quién? ¿Él?

RAFAEL.—Señor...

PADRE.—(*Abraza a DOLORES. A RAFAEL, tristemente.*) ¿Por qué?

DOLORES.—Hice mal un dibujo. (*Se aparta, abre la carpeta de dibujo, busca.*) Vas a ver, papá. ¡Este dibujo!

PADRE.—(*Triste.*) Es muy hermoso...

DOLORES.—(*Vuelve a sus brazos.*) ¿Verdad, papá? Papito.

PADRE.—(*Le mira el rostro.*) Te marcó los cinco dedos... (*La acaricia suavemente.*) ¿Y qué haremos, Dolores? ¿Qué haremos con él?

DOLORES.—¡Que se vaya!

PADRE.—Te quedarás sin profesor. Serás burrita, burrota. Como tu madre. Que si viene un franchute no sabe decir buen día. ¿Qué haremos con él?

RAFAEL.—Está mintiendo, señor.

PADRE.—¡Cállese! (*Dulcemente, a DOLORES.*) ¿Qué quieres que le hagamos? Y Fermín me contó que no le gustó la broma. Quizás piense que a los asquerosos no hay que cortarles la cabeza. (*A RAFAEL, por encima del hombro de DOLORES.*) Quizás lo piensa.

RAFAEL.—No, señor. No lo pienso.

PADRE.—Pero esto no arregla nada. Le pegó a mi niña. (*A DOLORES.*) ¿Qué quieres que le hagamos?

DOLORES.—Que lo metan preso, que le peguen, que se vaya... (*Llora.*)

PADRE.—Oh, no, no. Esos lindos ojitos... Bueno, papá hará algo que le gustará a su niña. Deje de llorar. (*Le seca las lágrimas.*) Se me rompe el corazón. Te compraré un vestido. ¡Y haremos una fiesta!

DOLORES.—(*Se aprieta contra él, mimosa.*) Gracias, papá. (*Hipa.*) ¡Pero me pegó!

PADRE.—Sí, te pegó, imalo! Papá no olvida.

RAFAEL.—Me provocó, señor.

PADRE.—(*Lo mira y por contestación ríe con su risa espasmódica. Deja de reír.*) Papá es bueno, pero se pone feroz cuando su niña llora. (*Se sienta y sienta a DOLORES en sus rodillas.*)

RAFAEL.—Me irá, señor.

PADRE.—(*No lo atiende.*) Acá, como cuando era chiquita. (*Sacude las piernas.*) ¡Caballito! Vamos a jugar a las adivinanzas, ¿quierés?

DOLORES.—(*Mimosa.*) Sí.

PADRE.—A ver si acertás la primera. (*Como en un juego infantil.*) ¿Cuál es el criado más fuerte?

DOLORES.—Fermín.

PADRE.—¿Quién tiene el cinturón más ancho?

DOLORES.—Fermín.

PADRE.—¿Quién el brazo más rudo?

DOLORES.—*(Ríe.)* ¡Fer-mín!

PADRE.—¿Y la espalda más espesa?

DOLORES.—*(Pícaro.)* ¡Rafael! *(RAFAEL retrocede hasta empujar una silla.)* ¡Se asustó! *(Se levanta.)* ¡Se asustó, papá! *(Va hacia RAFAEL.)* ¡Pegame otra vez! Jorobado, lacayo. ¡Servil! ¿No era esta la palabra que te ofendía? ¡Servil! *(Aterrorizado, RAFAEL aparta a DOLORES y va hacia la puerta. Cuando la abre, está FERMÍN en el vano. Lo sujeta.)*

RAFAEL.—¡Déjeme! *(Se debate inútilmente. El PADRE mira y ríe con su risa espasmódica. En ese momento, DOLORES comprende que el juego ha dejado de ser juego, se asusta ella entonces y rompe a llorar angustiosamente.)*

Escena III

Es de mañana. DOLORES y la MADRE en el salón. Los libros y carpetas sobre la mesa.

MADRE.—No debiste hacerlo.

DOLORES.—«Él» no debió hacerlo.

MADRE.—Tu padre es duro.

DOLORES.—*(Culpable, pero orgullosa.)* Nadie me pondrá la mano encima.

MADRE.—Sí. Pero hay muchas maneras de golpear.

DOLORES.—*(Burlona.)* Sabia. Lástima que esa sabiduría nunca la usás con vos. Te golpean de muchas maneras, pero ninguna te irrita bastante. *(La MADRE la mira y se aleja hacia la puerta.)* ¡Mamá! *(En un ruego.)* Quedate.

MADRE.—No. Tengo que dar las órdenes para el almuerzo. Espero que hoy comas... un poco. *(Vengativa.)* No es así como vas a conseguir que te perdone.

DOLORES.—¿A mí? ¿Quién tiene que perdonarme «a mí»?

MADRE.—Seguramente nadie. Entonces comé. *(Una pausa.)*

Y dormí de noche.

DOLORES.—Me espías.

MADRE.—Te cuido.

DOLORES.—¡Ah, ahora se llama cuidar!

MADRE.—El orgullo no hace buenas migas con el arrepentimiento.

DOLORES.—¡Sí! Si no, no sirve. *(Orgullosa, pero al borde de las lágrimas.)* ¡Nadie me pondrá la mano encima, te dije! ¡No me parezco a vos!

MADRE.—Voy a dar las órdenes para el almuerzo.

DOLORES.—¡Mamá! (*Se le quiebra la voz.*) Quedate.

MADRE.—No. (*Sale.*)

DOLORES.—(*Hojea una carpeta, alterada. Se oye pasar el carro.*

DOLORES *se queda inmóvil, atiendo. Se oye un grito indescifrable de vendedor. Cuando cesa, DOLORES cierra la carpeta con un golpe seco, pega con el puño sobre ella. Entra RAFAEL, camina más torcido. Se miran con una larga y cargada mirada. Luego, bruscamente, DOLORES aparta una silla.*) Siéntese. (RAFAEL *continúa mirándola. DOLORES, incómoda.*) ¿Cómo... está?

RAFAEL.—Bien... (*Agrega.*) Señorita. (*La mira fijamente.*)

DOLORES.—¿Por qué me mira?

RAFAEL.—(*Aparta el rostro.*) Perdón.

DOLORES.—(*Lo mira ella ahora, de otra manera, con culpa, tristeza y un sentimiento más profundo. Después de un silencio.*) Míreme.

RAFAEL.—(*Levanta los ojos hacia ella, neutro.*) Vamos a seguir...

DOLORES.—Dijo que nunca iba a mirarme.

RAFAEL.—(*Neutro.*) Me equivoqué. Vamos a seguir...

DOLORES.—No quiero. En tres días me olvidé de todo.

RAFAEL.—Repasaremos.

DOLORES.—Nada de lo que me enseña me sirve. ¿Escuchó hoy gritar «melones»?

RAFAEL.—No.

DOLORES.—Suerte para usted. Pasaron dos veces. En la primera, dejaron una cabeza en la esquina.

RAFAEL.—No vi nada.

DOLORES.—Se levantó tarde.

RAFAEL.—Quizás. No me sentía... bien.

DOLORES.—(*Bajo.*) Lo sé. Quiero decirle...

RAFAEL.—Nada. Me pagan para que le enseñe.

DOLORES.—Le dije que son cosas inútiles.

RAFAEL.—Útiles o inútiles debo enseñárselas. Me pagan. Sueldo, alojamiento y comida. Con los señores.

DOLORES.—(*Lo mira. Bruscamente.*) ¡Empecemos! (*Se sienta.*

RAFAEL *no la imita.*) Siéntese.

RAFAEL.—(*Dolorido por el castigo.*) Estoy mejor de pie.

(*Entra FERMÍN, trae una bandeja con una taza y una jarra de chocolate.*)

FERMÍN.—Permiso, señorita. La señora me manda servirle este chocolate. ¿Se acuerda cuando se lo llevaba a la cama?

DOLORES.—(*Seca.*) No me acuerdo.

FERMÍN.—¡Oh, usted se reía mucho conmigo! (*Sirve.*)

DOLORES.—Ya no.

FERMÍN.—(*Le tiende la taza.*) Y yo le llevaba regalos. ¿Qué me trajiste, Fermín?, me decía. No lo deje enfriar.

DOLORES.—(*Con enojo.*) ¿Para mí? ¿Para mí sola? ¿No ves que estoy acompañada?

FERMÍN.—(*Burlón.*) Sí, señorita.

DOLORES.—¿Y entonces?

FERMÍN.—Hay compañías que no cuentan. (*Mira a RAFAEL con una superioridad burlona. Sonríe.*)

DOLORES.—(*Furiosa.*) ¿Quién te ha dicho que sonrías? ¿Quién te autorizó? ¿Yo te autoricé? ¿Te hice una broma? ¿Compartimos algo?

FERMÍN.—No, señorita.

DOLORES.—¡Entonces, tomá tu expresión de lacayo! ¡Y llévate esto! (*Toma la taza y la deposita sobre la bandeja.*) ¡Acá hay dos personas!

FERMÍN.—Su madre...

DOLORES.—¡Mi madre no manda en esta casa! ¡Te dije que te lo lleves! (*Aferra la bandeja y la arroja violentamente contra la puerta.*)

FERMÍN.—(*Humildemente, se inclina y recoge la jarra y los pedazos de la taza.*) Perdón, señorita. No debe enojarse conmigo. (*Sale. Un silencio.*)

RAFAEL.—(*Sonríe vagamente.*) No es bastante.

DOLORES.—¿Qué no es bastante?

RAFAEL.—Lo sabe.

DOLORES.—¡No creas que porque te defiendo...! (*RAFAEL ríe, amargo. DOLORES, furiosa.*) ¡No te rías!

RAFAEL.—(*Borra la sonrisa.*) No. Si usted no me autoriza, tampoco me reiré.

DOLORES.—¿Qué es lo que no era bastante?

RAFAEL.—Lo sabe.

DOLORES.—No repitas.

RAFAEL.—Tampoco usted.

DOLORES.—(*En un arranque.*) ¡Yo puedo...! (*Se contiene. Con penosa humildad.*) Por favor.

RAFAEL.—¿Qué quiere ahora? Nos tocaba francés y botánica. Pero podemos cambiar. Si su padre no se entera. *(Con otro sentido.)* ¿Qué quiere?

DOLORES.—*(Lo mira. Con penosa humildad.)* Que me perdone.

RAFAEL.—Que yo... ¿De qué?

DOLORES.—Que me perdone. *(Se acerca.)*

RAFAEL.—*(Se aparta.)* Señorita, alguien puede entrar y no estamos trabajando.

DOLORES.—Te falta agregar que no te comprometa. No tengas espíritu de... *(Se interrumpe.)*

RAFAEL.—*(Blandamente.)* No me comprometa.

DOLORES.—*(Con desprecio.)* ¡Oh, todos lacayos!

RAFAEL.—*(Estalla, furioso.)* ¡Basta! ¿Qué es lo que me pide? ¿Perdón? ¿Quiere pedirme perdón? ¿A mí? Si la pone contenta, perdonada está. Usted puede cometer todos los ultrajes y será perdonada.

DOLORES.—¡No así!

RAFAEL.—«¡Sí, así!». Tan hermosa, señorita de sociedad y padre poderoso, «¡sí, así!». ¿De qué otra manera quiere ser perdonada por los lacayos? ¡Como lacayos la perdonamos! ¡Y ahora empecemos! ¡Síntese! *(La sujetta con violencia por el hombro para que se siente.)*

DOLORES.—*(Se resiste contra él. Levanta la cabeza y lo mira, muy cerca. Quedan inmóviles los dos. DOLORES, como si lo descubriera.)* Te amo...

RAFAEL.—Cállese.

DOLORES.—*(Aterrada.)* Te amo... Te amo con tus ojos furiosos...

RAFAEL.—¡Cállese!

DOLORES.—*(Se aprieta contra él. En un solo impulso.)* Amo tu nariz, tus piernas, tus dientes, tu lengua.

RAFAEL.—La odio. *(La rechaza.)*

DOLORES.—*(No lo atiende. Ansiosa y dulcemente.)* ¿No me oíste? ¿No me oíste?

RAFAEL.—*(Se queda en suspenso. Muy bajo, como si fuera otra persona quien hablara.)* Sí...

DOLORES.—*(Apremiante.)* Sí, ¿qué?

RAFAEL.—Sí... Dolores...

DOLORES.—*(Apremiante.)* Dolores, ¿qué?

RAFAEL.—Dolores... mi alegría.

DOLORES.—*(Apremiante.)* ¿Lo soy?

RAFAEL.—*(Por un segundo pareciera que va a decir sí. Luego, terminante.)* No.

DOLORES.—¡Dijiste sí!

RAFAEL.—*(Se aleja.)* Apártese. *(Vengativo.)* ¿Se divirtió así con el otro?

DOLORES.—¿Qué otro?

RAFAEL.—¡Con el profesor que echó su padre!

DOLORES.—¡Ni lo miré!

RAFAEL.—¿No? Pero un poco de coquetería con un lacayo distrae, el tiempo pasa mejor.

DOLORES.—¿Pero no entendés nada? ¿No sabés nada de arrepentimiento? *(Se acerca a él.)* ¡Pegame!

RAFAEL.—*(Suavemente.)* ¿Y no gritará servil? ¿No llamará a su padre? ¡Oh, qué tentación!

DOLORES.—*(Le pega en el pecho con los puños.)* ¿Cómo me rechazás «a mí»? ¿Qué debo hacer? ¿Cómo tengo que hablarle?

RAFAEL.—*(Inmóvil.)* Así. Ahora la reconozco.

DOLORES.—*(Baja los brazos.)* Perdoname.

RAFAEL.—No debe excusarse. Yo comprendo sus arrebatos, señorita.

DOLORES.—Por favor...

RAFAEL.—*(Lentamente.)* ¡Déjeme en paz! ¡No quiero ser juguete de nadie y menos suyo! Si yo fuera...

DOLORES.—Lo que sos. Más alto, más hermoso, más derecho, no te querría. *(Se acerca y tiende la mano hacia el rostro de RAFAEL.)*

RAFAEL.—Se olvidó de mí. *(Le baja el brazo.)* ¿A quién debo querer yo, señorita? ¿A usted como es?

DOLORES.—*(Humilde.)* A mí... como soy.

RAFAEL.—Me pide mucho.

DOLORES.—No. *(Ríe temblorosa.)* Dijiste... Dolores mi alegría.

RAFAEL.—Porque... *(Busca.)* sonaba bien. Aunque no fuera cierto. *(Recupera su furia.)* ¡Y este perdón tampoco le va! Me duelen las espaldas, ¡pegé en la joroba especialmente!

DOLORES.—Perdoname. ¡Te pido perdón!

RAFAEL.—¡La perdoné, dije! Que a uno le concedan todos los perdones, significa que no merece ninguno. ¡Como el olvido, señorita! Si uno olvida todo, sepulta, degüella su memoria. ¿Quiere ese tipo de olvido? ¿Necesita sentirse bien con su conciencia? ¡Pues se lo concedo! ¡Y déjeme en paz!

DOLORES.—No. No te dejaré en paz. Quiero que me odies... por lo que te hice... y que me perdones.

RAFAEL.—El odio lo tiene. (*Ríe.*) ¡Y el perdón!

DOLORES.—Te amo.

RAFAEL.—¿Qué sabe usted?

DOLORES.—Sé que te amo.

RAFAEL.—(*Remeda, ácido.*) Sé que te amo. Se apasionó demasiado pronto, ¿no le parece? No es más que una estúpida criatura. ¡Sé que te amo! No soy un cualquiera. Como con ustedes. Tengo mi cuarto aparte. ¡Sé que te amo! (*Ríe.*) ¡Ama a un criado! A un lacayo, como dice usted.

DOLORES.—¡No!

RAFAEL.—Sí, un criado a quien se puede castigar impunemente. ¿Sabe de qué está llena mi joroba? ¡De humillación! Humillación de criado, por supuesto.

DOLORES.—Nadie te humilló jamás. Yo sí me siento humillada porque te hice...

RAFAEL.—(*Con una sonrisa sarcástica.*) ¿Castigar? No, señorita, no es lo mismo. No se aflija. Soy un criado. Siempre me sirven último, y no hablo si no me dirigen la palabra, y debo decir, sí, señor, sí señorita. ¡Y en mi magnífico cuarto tropiezo la joroba contra las paredes!

DOLORES.—¡Te amo!

RAFAEL.—¿Me ama? ¡Sí, señor! (*Ríe, rectifica.*) ¡Sí, señorita! ¡Su padre se alegrará!

DOLORES.—¡No me hablé de mi padre!

RAFAEL.—¡Bailará en una pata cuando lo sepa! ¡En dos!

DOLORES.—(*Lo abraza.*) ¡No me castigues!

RAFAEL.—(*Vengativo.*) ¡Si no la castigo! Me acostaré con usted y le haré un hijo jorobado. ¡Podemos hacer hijos los jorobados! ¿Lo pensó? ¡Será divertido!

DOLORES.—¡No, no!

RAFAEL.—¿No, no? ¡Sí! ¡Nos reiremos juntos, usted y yo!

DOLORES.—(*Oculto la cara contra su hombro.*) ¡No me castigues, Rafael!

RAFAEL.—¡El nietito de su padre! Con el cuello torcido, si tenemos suerte, y una giba más grande que la mía porque su carne es fresca.

DOLORES.—¡Te amo!

RAFAEL.—(*La rechaza.*) ¡Cállese! (*Se oye pasar el carro.*) ¿Oye? Pasa y vuelve a pasar. Ahí estará su cabeza, también. ¡Y la mía! ¡No vale la pena, señorita! ¡Para mí no vale la pena! (*DOLORES le da la espalda, ahoga un sollozo.*) Ahora viene el llanto. Las señoritas lloran cuando no les satisfacen los caprichos.

DOLORES.—(*Se seca las lágrimas. Lo enfrenta, orgullosa.*) ¿Quién llora?

RAFAEL.—La prefiero así. (*Se miran a la distancia, como dos enemigos. Entra FERMÍN, los observa con una suspicacia burlona. Trae otra vez una bandeja con la jarra y una sola taza.*)

FERMÍN.—Por un error, al profesor le servimos en su cuarto. La servidumbre está ahora muy ocupada. Y yo tengo un recado urgente que me encomendó el señor. (*Sirve el chocolate.*) Béballo caliente. Estudia mucho. (*Va hacia la puerta.*) Y no se enoje conmigo, señorita. También puedo equivocarme. (*Ya en la puerta, como por casualidad, pero sugestivamente, pone ambas manos sobre el ancho cinturón. A RAFAEL.*) ¿No le molesta, no?

RAFAEL.—No. Gracias, Fermín. Después tomaré el chocolate en mi cuarto.

FERMÍN.—No le importa tomarlo frío, ¿verdad?

RAFAEL.—No. No me importa.

(FERMÍN sonríe, sale y cierra la puerta.)

DOLORES.—¿Me perdonaste?

RAFAEL.—(*Terminante.*) No. (*Se miran intensamente. Un largo silencio.*) Sí... (*Con una sonrisa iluminada, DOLORES corre hacia él.*)

Escena IV

DOLORES y la MADRE en la habitación de DOLORES. *Un chal sobre una silla. La MADRE sostiene un vestido entre los brazos, DOLORES, en enaguas, tararea. Cuando la MADRE se acerca con el vestido y lo acomoda para que coloque la cabeza, DOLORES se inclina y sale por el otro lado. Da vueltas tarareando.*

MADRE.—Dolores, vamos. Vestite. *(La mira.)* Estás contenta.
DOLORES.—¿Y cómo no?
MADRE.—Me alegro que estés contenta.
DOLORES.—La idea de papá es magnífica. *(Dulcemente.)* Hace proyectos con las personas y las personas dicen sí.
MADRE.—Esa persona es su hija.
DOLORES.—O su mujer. O sus criados... Nadie puede decir no al señor de la casa. Mueve un dedo y ya está.
MADRE.—Ese señor es tu padre.
DOLORES.—¿Y el otro señor, mamá? ¿El que corta cabezas?
MADRE.—¡Oh! Quien te oye puede pensar que corta cabezas todo el día. Es bondadoso. No le gusta hacerlo.
DOLORES.—*(Sonríe.)* No.
MADRE.—Se le oponen y no lo dejan elegir.
DOLORES.—*(Con sospechosa dulzura.)* Yo no me opongo, mamá. Yo lo dejo elegir. A papito. ¿Elegió bien?
MADRE.—Sí. *(Se acerca con el vestido.)*
DOLORES.—*(Se escapa.)* ¿Cómo es?
MADRE.—Buen mozo.
DOLORES.—Rico.

MADRE.—Buen mozo y rico. Vamos. Que tu padre se impacienta.
DOLORES.—¿Y qué me importa? Hermoso y rico. Pero con cincuenta años, ¿no?
MADRE.—No. Es joven. ¡Si tuviste que verlo alguna vez!
DOLORES.—¡Juro que no! ¿Dónde?
MADRE.—En misa. Él está tan enamorado...
DOLORES.—(Se burla.) ¡Qué emoción! (Da unas vueltas, tarareando.) ¡Yo también estoy enamorado!
MADRE.—No te burles. Vamos.
DOLORES.—Mejor que espere, mamá. ¡Se pone más...! (Termina con un gesto.)
MADRE.—¡Está tu padre! Se enfurece por nada y después descarga contra mí.
DOLORES.—Nunca existe «con vos», siempre contra. Te gusta. (Le mira el brazo.) ¿Qué te pasó acá? ¡Cómo pellizca cuando se enfurece!
MADRE.—Me golpeé contra una puerta.
DOLORES.—Sí. Porque sos tonta y ciega.
MADRE.—Vestite.
DOLORES.—(Se viste.) ¿Y cómo se llama?
MADRE.—Juan Pedro.
DOLORES.—Juan Pedro, ¿qué?
MADRE.—(Vacila.) De los Campos Dorados.
DOLORES.—¿Qué?
MADRE.—Campos Dorados.
DOLORES.—(Sonríe, incrédula.) No es cierto...
MADRE.—¿Por qué? ¿Qué tiene?
DOLORES.—¡Oh, mamá! (Se tienta.) ¿De verdad se llama así... desde chiquito?
MADRE.—Sí. Se llama... ¡De los Campos Dorados!
DOLORES.—¡Oh, mamá, no puede ser! (Ríe.) ¿Me va a caer encima eso? ¿Yo qué hice? ¡Campos Dorados! (Ríe.)
MADRE.—¿Y qué hay? (Sonríe.) ¡Es un buen apellido!
DOLORES.—¡Sí! ¡Campos Dorados! ¡Brilla! ¡Campos plateados hubiera sido peor! (Ríe.) ¿Cómo... cómo voy a casarme con él? ¡Ay! ¡Ay, no tendrías que... que habérmelo dicho!...
MADRE.—(Sonríe.) ¿Qué tiene? No se llama campos...

DOLORES.—¿Inundados...? (Ríe en un ataque loco de risa, se abraza a la MADRE, que se contagia. Ríen las dos, abrazadas. Dejan de reír poco a poco.)
MADRE.—Vamos...
DOLORES.—(Con la cabeza apoyada sobre el hombro de la MADRE.) Mamá...
MADRE.—¿Qué?
DOLORES.—(Se aparta un poco y la mira.) Qué hermosa sos así.
MADRE.—¿Cómo?
DOLORES.—Así, riéndote.
MADRE.—(Se pone seria.) Vamos, que tu padre espera... (Intenta desasirse.)
DOLORES.—(La retiene.) Por qué no decir: que tu padre espere...
MADRE.—No, basta. (Se suelta.) Tiene mal carácter. Mejor que te peines.
DOLORES.—Yo también.
MADRE.—(Intenta peinarla.) Ya debieras atarte el pelo...
DOLORES.—(La rechaza, sacude la cabeza.) No hay necesidad.
MADRE.—Entonces, vamos.
DOLORES.—¡Dolores de los Campos Dorados! (Ríe, pero sin ninguna alegría. La MADRE no la acompaña. DOLORES le hace cosquillas bajo el mentón.) Reíte.
MADRE.—Ya basta.
DOLORES.—Es un buen apellido, tenés razón. Por lo menos te hizo olvidar.
MADRE.—¿De qué?
DOLORES.—De que no podías reírte.

(Entra el PADRE.)

PADRE.—¿Y? ¡Estoy harto de aguantarle la lata a ese imbécil! ¿Qué esperan?
MADRE.—Ya vamos, Benigno. Estamos listas.
DOLORES.—¡Oh, éste también tiene un nombre! (Ríe.)
PADRE.—(La mira, oscuro.) ¿Puede saberse la causa del jolgorio?
DOLORES.—Estoy contenta.
PADRE.—(Se ablanda.) ¿Es cierto? (Le acaricia la mejilla.) ¿Elegí bien esta vez?

DOLORES.—No podías haberme dejado a mí, ¿no, papá?
PADRE.—¿Qué decís, Dolores? Sos una niña, mi niña. (*La besa en la frente.*) Te deseo lo mejor.
DOLORES.—(*Por un segundo se recuesta contra él.*) No mentís. Y lo terrible es que me conmueve. (*Se aparta. Cambia de tono.*) Ya vamos, papá. ¿Es un imbécil?
PADRE.—(*Tierno.*) No. Jamás te casaría con un imbécil. (*Le sonríe, afectuoso. Mira a la MADRE y su rostro se oscurece.*) Querida, hay que tener tacto. No sos una cualquiera.
MADRE.—(*Insegura, se lleva las manos al peinado.*) ¿Qué pasa? ¿En qué me equivoqué?
PADRE.—Cambiate de vestido.
MADRE.—¿Por qué? Te gustaba mucho éste.
PADRE.—Con mangas largas es más discreto... para una señora.
MADRE.—Tengo el chal. (*Se lo pone.*)
PADRE.—Puede deslizarse. (*Se lo desliza. Le mira el brazo.*) ¿Qué pensaría?
DOLORES.—Que las puertas golpean, papá.
PADRE.—Sí.
DOLORES.—Y que es ciega y tonta.
PADRE.—Sí. (*Una pausa.*) No me hace honor haber elegido tan mal. (*Sale. La MADRE y DOLORES se miran.*)
DOLORES.—Ya estoy lista. Vamos.
MADRE.—No.
DOLORES.—Nos esperan.
MADRE.—Me cambio el vestido. (*Se miran.*)

Escena V

El salón. El PADRE y JUAN PEDRO de los Campos Dorados, un hombre joven, excesivamente bien vestido, buen mozo. Están sentados, el PADRE tamborilea con los dedos sobre la rodilla. Un silencio. Entra RAFAEL.

RAFAEL.—¿Me mandó llamar, señor?
PADRE.—(*Sin mirarlo.*) Sí, quédese ahí. (*JUAN PEDRO mira fuzgadamente. RAFAEL se queda parado junto a la puerta. El PADRE tamborilea sobre su rodilla. Un silencio prolongado e incómodo. JUAN PEDRO sonríe. A nadie. Se da cuenta. Borra la sonrisa. El PADRE, con acento malhumorado, casi entre dientes.*) A las señoras siempre hay que esperarlas.
JUAN PEDRO.—Sí.
PADRE.—Ya estaba lista. Tenía un vestido rojo y quiso ponerse otro... (*sonríe torcido*) rojo.
JUAN PEDRO.—Sí.
PADRE.—Siempre quieren estar mejor.
JUAN PEDRO.—Dolores es muy joven.
PADRE.—¿Dolores...? (*Grosero.*) La vieja fue. Digo, mi mujer. (*Ríe, espasmódico.*) Perdone la familiaridad. Es mi mujer, ¿no? (*Lo mira atentamente, esperando respuesta.*) Puedo tomarme algunas libertades.
JUAN PEDRO.—(*Incómodo.*) Sí.
PADRE.—(*Se incorpora, dominándose a duras penas. JUAN PEDRO lo imita. El PADRE le sonríe, hipócrita.*) Me tiene en un puño.
JUAN PEDRO.—Hay prisiones dulces, señor.

PADRE.—(Lo mira, rompe a reír divertidísimo, lo palmea en el hombro. Entran DOLORES y la MADRE. Se adelanta, riendo.) ¡Ah, por fin! (Gentilmente, les besa las manos.)

DOLORES.—(Con fingida dulzura.) Mamá tuvo que cambiarse el vestido. ¿No se lo ordenaste?

PADRE.—¿Yo? Tu madre es muy coqueta. Nunca se decide. (Presenta.) Juan Pedro. Mi mujer, mi hija Dolores.

(JUAN PEDRO les besa las manos. DOLORES le sonríe y lo mira burlona. La MADRE y DOLORES se sientan en el sofá.)

PADRE.—Rafael, sírvanos una bebida.

DOLORES.—Está Fermín, papá.

PADRE.—(No la atiende, a JUAN PEDRO.) ¿Prefiere licor, tenemos licor de ciruelas, té o... o quizás prefiera mate?

JUAN PEDRO.—No, mate no. Me cae ácido. Tomaré... licor.

PADRE.—Licor, Rafael. (RAFAEL va hacia el gran aparador, saca un botellón y copas. JUAN PEDRO lo mira curiosamente. El PADRE descubre la mirada.) Es el profesor de Dolores. Preceptor en casa. Como de la familia. Pero no está demás tomar algunas precauciones... Al elegir. (Ríe con su risa espasmódica.)

JUAN PEDRO.—(Tarda un segundo en comprender.) ¡Ah! (Ríe discretamente.) ¡Muy atinado, señor! Mi padre me eligió un profesor tonto porque no soportaba a nadie más inteligente que yo.

DOLORES.—(Dulcemente.) ¡Qué difícil debió ser!

JUAN PEDRO.—¿Por qué? ¿Es que soy tan tonto?

DOLORES.—(Id.) No. Decía. (Se ríe boba.)

PADRE.—Dolores estudia francés. Y latín, que nadie estudia.

DOLORES.—Y dibujo, papá.

PADRE.—Dibujo. Podés mostrarle tus dibujos, Dolores.

MADRE.—(Tímidamente.) A mí hay uno que me gusta...

DOLORES.—(La interrumpe sin oírla.) ¡Cómo no! ¡Puedo recitar un poema también! ¡Quiere que le recite un poema?

JUAN PEDRO.—Con placer.

DOLORES.—(Sin levantarse del sofá, con la mirada perdida.)

Rodeada estoy de
imbéciles y simulo que

soy tonta
los imbeciles me creen
y me hago la marmota.

(Mira a JUAN PEDRO.) ¿Qué le parece?

JUAN PEDRO.—(Perplejo, intenta reír.) ... Lindo...

DOLORES.—(Con una sonrisa almibarada.) ¿No?

JUAN PEDRO.—Lindo, pero con una intención muy transparente.

DOLORES.—¿Cuál?

PADRE.—(Le pone la mano sobre el hombro y aprieta.) Hija única, Dolores es malcriada. Necesita una mano fuerte.

DOLORES.—(Secamente.) Me hacés mal, papá.

PADRE.—(Hipócrita.) Perdón. (Aparta la mano.) Mano fuerte en guante de seda. Es lo que necesitan las damas. (Se oye pasar el carro.) Y no sólo las damas.

JUAN PEDRO.—Estoy de acuerdo. Tenemos paz. No es un precio excesivo.

DOLORES.—(Con una sonrisa venenosa.) Si lo pagan los otros.

JUAN PEDRO.—Y riqueza.

DOLORES.—Si la disfrutaban usted... y mi padre.

PADRE.—(Como en un juego, dulce y suavemente, pero con furia contenida, le pega en la boca con la punta de los dedos.) Dolores, en boca cerrada no entran moscas, ¡cerrá la boca! ¿Y, Rafael? ¿Esa bebida?

RAFAEL.—(Toma la bandeja que había dejado sobre la mesa y sirve.) Enseguida, señor.

PADRE.—(Hacia JUAN PEDRO.) ¡Salud! (Bebe.)

JUAN PEDRO.—A la suya. ¡Y a la salud de las damas! (Bebe.)

DOLORES.—¿Por qué no se sirvió, Rafael? ¿No le gusta el licor?

RAFAEL.—Gracias, señorita. No... bebo.

PADRE.—¡Sírvese, Rafael! ¡Usted es de la familia! (A JUAN PEDRO.) Come con nosotros.

JUAN PEDRO.—Y... ¿y no les molesta?

DOLORES.—(Secamente.) ¿Por qué?

JUAN PEDRO.—Yo... yo tengo una particular sensibilidad hacia los defectuosos... Cualquier defecto físico me crispa.

MADRE.—(*Sonríe bondadosa.*) Pero Rafael es...
PADRE.—(*No la atiende.*) ¡Ah, le digo que se vaya! Váyase, Rafael. Después de todo no tiene por qué aguantarnos.
RAFAEL.—Como usted quiera, señor. (*Se inclina.*)
DOLORES.—¡No! (*Sonríe a JUAN PEDRO.*) Le pido una prueba de estima. Que se quede. No será tan flojo, ¿no?
JUAN PEDRO.—Es por sensibilidad. Pero, por supuesto, que se quede, si usted lo desea. (*Con una risita infame.*) ¡Miraré de costado!
RAFAEL.—(*Se dispone a marcharse.*) Buenos días.
JUAN PEDRO.—La señorita desea que se quede. Y yo me someto a sus deseos.
PADRE.—(*Como RAFAEL vacila.*) Quédese.
RAFAEL.—Sí, señor.

(*Entra FERMÍN, sosteniendo una bandeja. Sobre la bandeja, un plato de plata con una taza.*)

PADRE.—¿Qué, Fermín?
FERMÍN.—Como sé que el señor profesor no bebe, le traje un té.
PADRE.—¿Y desde cuándo...? (*Se ilumina.*) ¡Oh, está bien!
FERMÍN.—(*A RAFAEL.*) Sírvase.
RAFAEL.—Gracias. (*Toma el plato, que está ardiendo y le quema los dedos. Pega un grito y deja caer todo.*)
DOLORES.—(*Se incorpora con el rostro furioso.*) Papá, ¿cómo permitís...?
PADRE.—(*Ríe espasmódicamente.*) ¡Fermín, bestia! ¿Se quemó, Rafael?
RAFAEL.—(*Con el rostro contraído.*) No, señor. (*Se inclina para recoger la taza. La MADRE, que se ha incorporado alar-mada, vuelve a sentarse. Mueve la cabeza, con mansa reprobación.*)
FERMÍN.—Deje, yo soy el criado.
DOLORES.—Papá, ¿cómo tolerás...?
PADRE.—Es una broma. Fermín, si hacés esto otra vez te echo a patadas.
FERMÍN.—(*Contento.*) Sí, señor. (*Sale.*)
PADRE.—Sentate, Dolores. No pasó nada. Tranquilícela, Rafael.

RAFAEL.—No me quemé, señorita.
JUAN PEDRO.—Es curioso... (*Aparta la vista.*)
PADRE.—(*Confidencial.*) ¡Yo la vi! (*Ríe, se atora.*)
DOLORES.—(*Abruptamente.*) Mamá toca el piano.
MADRE.—(*Tímida.*) ¡No, Dolores! ¿Qué decís?
DOLORES.—(*A JUAN PEDRO.*) ¿Sabe bailar?
JUAN PEDRO.—(*Se incorpora.*) Encantado. Si los señores permiten. Pero la señora dudaba...
PADRE.—La señora no duda. ¡Es una buena oportunidad para que exista! (*Ríe, se atora.*)
MADRE.—Hace tanto tiempo que no...
DOLORES.—(*Suavemente.*) Papá prefiere el silencio porque le gusta pensar. Y mamá andaba siempre con la musiquita. (*Extiende los dedos.*) ¡Se le cayó la tapa encima! (*Ríe ácida-mente.*)
MADRE.—(*Apresurada.*) ¡Un accidente! Por eso... ¡debo tocar muy mal! Ya ni me acuerdo. Hace tanto tiempo que no...
PADRE.—Vamos, no seas vanidosa. (*Sincero.*) Tengo mal carácter. Me irritaba la música. Ya debieras conocerme.
MADRE.—(*Desarmada y casi con ternura.*) Te conozco. Benigno.
PADRE.—Entonces sabés que te lo pido sinceramente.
DOLORES.—¿Bailará, Rafael? ¿Quiere acompañarnos?
RAFAEL.—Perdón, señorita. Me excuso.
JUAN PEDRO.—(*Ríe.*) ¡Oh, sería cómico! (*Se pone los dedos sobre los ojos.*) ¡Miraré a través de los dedos para no impresionarme!
DOLORES.—(*Con una mirada mortal.*) ¿Impresionarse de qué?
JUAN PEDRO.—A veces soy torpe.
DOLORES.—(*Sonríe, con dulzura venenosa.*) ¡No! Es el tacto de la época. ¿Bailamos? ¿Y usted, Rafael?
RAFAEL.—No, gracias, señorita.
PADRE.—Baile, Rafael. No le pregunté si era profesor de danzas. Pero un hombre con su talento las sabe todas. (*La MADRE se ha sentado ya en el taburete y recorre las notas. El PADRE se acerca.*) ¿Te acordás?
MADRE.—(*Levanta hacia él un rostro iluminado.*) Sí, Benigno, ¡me acuerdo! (*Empieza muy mal un minué, después se afianza.*)
JUAN PEDRO.—(*Se acerca a DOLORES con la mano tendida, mira fugazmente hacia los padres y como los ve distraídos, le toca bru-*

talmente un seno. DOLORES se aparta y lo mira con estupor. JUAN PEDRO, como si el gesto no hubiera tenido nada que ver con él, atiende un momento la música y en un punto dado, ofrece su mano a DOLORES. Después de una breve vacilación, DOLORES la acepta. Bailan.)

DOLORES.—Por favor, Rafael, acompáñenos. (Lo mira intensamente.) Usted no va a tener miedo de bailar.

RAFAEL.—Perdón, señorita.

DOLORES.—(Irritada.) ¡No me pida perdón! (Se aparta de JUAN PEDRO, quien termina una figura de minué donde debiera encontrar a DOLORES. Pero ella baila sola en otro costado.) Quiero que usted baile... conmigo. (Sin acercarse, tiende la mano hacia él.)

RAFAEL.—Seré...ridículo.

DOLORES.—(Desafiante.) Sí.

RAFAEL.—Patético.

DOLORES.—¡Sí!

PADRE.—(Ríe espasmódico, interpreta mal la escena.) Dolores... (Tímidamente, RAFAEL se adelanta. Bailan los tres, pero es obvio que DOLORES no considera a JUAN PEDRO. Ella y RAFAEL se miran intensamente. El PADRE observa divertido, pero poco a poco deja de sonreír, mira oscuro. Sacude el cordón del timbre. Luego, pega con la mano abierta sobre el piano.) ¡Un vals! (La MADRE deja de tocar, el baile se interrumpe.) ¿Te gusta el vals, Dolores?

DOLORES.—Sí, papá.

PADRE.—(A la MADRE.) Un vals, entonces.

MADRE.—(Contenta.) ¡Benigno, me pedís mucho!

PADRE.—No. Es fácil. (Tararea.) Lo tocabas siempre cuando éramos novios. (Le toma una mano y se la besa.) Probá. Por mí.

MADRE.—(Sonríe tímidamente ante esa muestra de afecto e intenta recordar el vals, empieza, se equivoca, se va afianzando.) Creía que no me gustaba más la música, pero... (Levanta la cabeza, sonríe al PADRE, que le devuelve la sonrisa. Como con sorpresa.) ¡Me gusta! ¡Si no te aburre! (Toca.)

(Entra FERMÍN).

FERMÍN.—¿Señor?

PADRE.—Los jóvenes están bailando.

FERMÍN.—Me alegro, señor.

PADRE.—Rafael se quedó sin pareja.

FERMÍN.—(Pesca al vuelo la intención y todo el diálogo es para llegar a un punto que los dos conocen.) ¿Y qué debo hacer? ¿Busco una criada?

PADRE.—¡No! Es demasiado poco. ¿Y desde cuándo las criadas bailan el vals? El candombe⁴, Fermín.

FERMÍN.—¿Y yo?

PADRE.—Sos más que un criado.

FERMÍN.—Gracias, señor. (Sonríe.) ¿Debo bailar con él?

PADRE.—Si fueras tan amable...

DOLORES.—(Palidece.) No es necesario, papá.

FERMÍN.—¿Me aceptará?

PADRE.—Lo acepta, ¿no, Rafael? No es demasiado apuesta, pero... (Ríe. La MADRE se interrumpe.) ¡No te detengas! ¡Mové los deditos!

FERMÍN.—¿Cómo debo bailar?

PADRE.—Como sepas.

FERMÍN.—¿Lento?

PADRE.—«Muy» lento.

FERMÍN.—(Irónico, a RAFAEL.) ¿Me concede esta pieza?

RAFAEL.—(Enfrenta la humillación, orgulloso.) ¡Sí! Las que usted quiera... señorita.

FERMÍN.—¡No! ¡La señorita es usted! (Lo enlaza por la cintura, bailan.)

JUAN PEDRO.—(Mira risueño, luego a DOLORES.) ¿Bailamos?

(Sin contestar. DOLORES corre hacia la puerta. Con un rápido movimiento, el PADRE la detiene, la mantiene abrazada contra su pecho.)

⁴ «candombe»: baile y su música que tiene su origen en el África bantú y se desarrolló en Argentina, Uruguay y parte del Brasil entre los esclavos negros durante la colonia. El toque simultáneo de tres tambores (Chico, Repique y Piano) produce su característico ritmo. Con el tiempo sus músicos se convirtieron en comparsas carnavalescas. En el lenguaje coloquial se usa en el sentido de «danza ruidosa».

PADRE.—(*Con fingida dulzura.*) ¿Por qué te vas? ¿Te cansaste de nuestra compañía?

DOLORES.—No, papá. No me cansé.

PADRE.—Entonces bailá. (*Una breve pausa.*) O mirá a la paretita. ¿No es deliciosa?

DOLORES.—Sí... papá. (JUAN PEDRO lanza una risita.) ¿Por qué se ríe?

JUAN PEDRO.—(*Risueño.*) Perdón. Como dice su padre, es deliciosa.

DOLORES.—¡Sí! Soltame, papá. No me iré. (*El PADRE la suelta.*)

DOLORES.—(*Lo mira.*) Me gusta ver hacer el ridículo a la gente.

PADRE.—(*Señala a FERMÍN y a RAFAEL.*) A «ellos» tenés que mirar. (*Se acerca al piano.*) ¡Más rápido! ¡Qué vals dormido! (*A la MADRE.*) Tenías más sangre antes. Me querías más. ¡Más rápido! (*Golpea con la mano abierta sobre el piano. La MADRE acelera el ritmo, no tanto porque el PADRE se lo pide sino porque tiene excusa para su propio placer. RAFAEL se agota, pero lucha por seguir a FERMÍN.*) ¡Más rápido! (*FERMÍN acelera aún.*)

DOLORES.—(*Mira, no lo soporta.*) ¡Basta! (*A la madre.*) ¡Dejá de tocar!

PADRE.—¡Más rápido!

DOLORES.—¡No quiero que bailen! (*Intenta separar a RAFAEL de FERMÍN, pero los dos giran tan vertiginosamente que sólo consigue que la empujen de un lado y de otro. Demudada.*) Por favor, por favor... (*Un empujón la arroja sobre JUAN PEDRO.*)

JUAN PEDRO.—¡Qué brutos! (*La ayuda a incorporarse. Con una rápida ojeada, percibe que nadie los observa y toca a DOLORES como alguien que aprovecha burdamente la ocasión.*)

DOLORES.—(*Lo rechaza. Lo mira como sin reconocerlo.*) Por favor, por favor...

PADRE.—(*Grita, golpeando con la mano abierta sobre el piano, mientras FERMÍN y RAFAEL bailan en un torbellino que gira y gira y gira.*) ¡Más rápido! ¡Más rápido! ¡Más rápido!

Escena VI

El salón. Hay libros y cuadernos sobre la mesa. DOLORES y RAFAEL. DOLORES levanta la tapa del piano, recorre algunas teclas.

DOLORES.—Mi madre siempre tocaba el piano. Le gusta la música. Pero mi padre odia todo placer que no provenga de él. Como no puede dar placer, da odio. Y lo llama amor. Mi madre no toca más el piano, cree que no le gusta la música. Y lo más curioso es que... también ella llama amor al odio de mi padre. Y a veces... hasta yo lo llamo de la misma manera.

RAFAEL.—(*Suavemente, le aparta las manos del teclado, baja la tapa.*) Vamos a estudiar.

DOLORES.—¿No querés que te cuente nada?

RAFAEL.—No, señorita... Dolores. No me corresponde saber nada. (*Se sienta a la mesa. Sin mirarla.*) ¿Por qué quiso separarnos ayer? Al final... no pudo verme hacer el ridículo.

DOLORES.—No, no eras vos quien lo hacías. ¿Me creés?

RAFAEL.—(*La mira, no contesta. Suavemente.*) Siéntese. (*Ella lo hace, a su lado. RAFAEL abre un libro, lee.*)

Elle avait pris ce pli⁵ dans son âge enfantin
De venir dans ma chambre un peu chaque matin
Je l'attendais ainsi qu'un rayon qu'on espère...

⁵ «Elle avait pris ce pli»: poema de Victor Hugo de *Les Contemplations* (1856); recuerda, en la primera parte, la costumbre de su hija Léopoldine de visitarle en su habitación a las mañanas y, en la segunda, lamenta su muerte. La indirecta declaración de amor de Rafael «Et je lui disais: je t'aime», obviamente, es un añadido suyo; en el original continúa: «Elle entrait, et disait: Bonjour, mon petit père», a lo que siguen los pequeños actos inocentes de la niña que lo desarregra todo.

(*Levanta la vista y la mira.*) Et je lui disais: je t'aime.

DOLORES.—(*Lo mira.*) Y yo decía: te amo.

RAFAEL.—En francés, es je t'aime. (*Simula leer.*) Il lui disait: je t'aime.

DOLORES.—Te amo.

RAFAEL.—(*Una pausa.*) No debe hacer esto... conmigo. (*La mira, ya no dice una frase prestada.*) Je t'aime.

DOLORES.—(*Pone su mano sobre la de él.*) Nos iremos juntos. Campos Dorados se llama. Y fijó la boda dentro de tres meses.

RAFAEL.—Los latinos decían que el nombre es el destino.

DOLORES.—(*Con aprensión.*) Me llamo Dolores. ¿Es mi destino ese? ¿El dolor?

RAFAEL.—El nombre verdadero. Belleza. O alegría. Dolores mi alegría.

DOLORES.—Nos iremos juntos.

RAFAEL.—¿Dónde?

DOLORES.—Afuera. (*Se abre la puerta. DOLORES aparta rápidamente la mano. Entra FERMÍN, con una bandeja, la jarra y una sola taza. Deposita todo sobre la mesa, los mira curiosamente y sale.*) Donde nos sirvan dos tazas de chocolate y podamos beberlas juntos. Donde no griten melones y dejen cabezas. Donde mi padre no exista. Donde por lo menos el nombre del odio sea odio.

RAFAEL.—Es imposible.

DOLORES.—Tenés miedo.

RAFAEL.—No tengo miedo. Pero sé que es imposible. No podremos ocultarnos. Mi joroba hablará.

DOLORES.—¿Es que no vale la pena?

RAFAEL.—Vale la pena. (*Extiende la mano, aprieta fuertemente la de DOLORES. Entra FERMÍN y RAFAEL aparta rápidamente la mano.*)

DOLORES.—¿Qué querés, Fermín? ¿Quién te llamó?

FERMÍN.—El señor tiene que darle órdenes al jorobado. Dice que vaya.

DOLORES.—(*Furiosa.*) ¡No lo llames así!

RAFAEL.—No importa. Lo soy. (*Sonríe mansamente. Burlón.*)

Estoy «hecho de tal manera que un mal pintor⁶ no me hubiera dibujado peor en la oscuridad». Ya vuelvo. (*Sale.*)

FERMÍN *permanece en el salón, mueve los pies, indeciso.*)

DOLORES.—¿Qué querés?

FERMÍN.—(*Tímido.*) Le traje algo.

DOLORES.—¿Qué?

FERMÍN.—(*Pone la mano en el bolsillo, saca un pajarito oscuro, se lo tiende a DOLORES.*) Está muerto.

DOLORES.—Sí.

FERMÍN.—A mí me gustan las cosas muertas, ¿a usted no?

DOLORES.—No, Fermín.

FERMÍN.—No se mueven. No rezongan.

DOLORES.—«Yo» te rezongo. Sos ofensivo con Rafael.

FERMÍN.—A él no le importa.

DOLORES.—A mí sí.

FERMÍN.—¿Lo sabe su padre?

DOLORES.—¿Qué?

FERMÍN.—¿Que a usted le importa?

DOLORES.—Sólo me importa que no lo llames...

FERMÍN.—(*Con placer.*) Joro-ba-do. Está bien. No lo llamo más. (*Insisiste con el pájaro muerto.*) ¿Lo quiere o no?

DOLORES.—No.

FERMÍN.—(*No entiende. Sonríe.*) ¡Está bromeando! ¡Tome! (*Se lo pone en la mano.*) Cuando era chica le gustaban los regalos que le traía.

DOLORES.—(*Suavemente.*) Me daban horror.

⁶ «hecho de tal manera que un mal pintor...»: alusión a Georg Christoph Lichtenberg (1742-1799), científico, crítico y pensador alemán, físicamente deformado por una joroba. Hoy día es reconocido, en primer lugar, por sus «Sudelbücher» (borradores), conjunto de pensamientos y observaciones, de tal concisión que se suelen incluir en el género de los aforismos. Gambaro menciona su lectura en *Escritos inocentes*: «Releí a Lichtenberg. Caja de sorpresas. Él sí sabía ser libre. Caminaba por su cuenta, nadie podría desviarlo, alcanzarlo en su inteligencia. Tan inteligente que *imaginaba*» (1999, pág. 16). Cita uno de sus aforismos: «Un libro es como un espejo: si un mono se mira en él, no verá reflejado un apóstol» para aplicarlo a sus compatriotas: «Un país es como un espejo: si un argentino se mira en él, no verá reflejado...» [*sic*] (*id.*, 41).

FERMÍN.—(*Herido.*) ¡Todo un verano le traje arañas!
DOLORES.—Me daban horror.
FERMÍN.—¡Déme! (*Le saca el pájaro. Furioso.*) ¡Tiene la joroba
llena de cicatrices! ¡De mi mano!
DOLORES.—¡Callate!
FERMÍN.—¡De mi mano! ¡Por su culpa! Si usted quiere...
DOLORES.—¿Qué?
FERMÍN.—Puedo agarrarlo una noche y...
DOLORES.—(*Se asusta.*) No, no es necesario.
FERMÍN.—Soy bueno con usted. La vi nacer.
DOLORES.—Sí. Dame. (*Tiende la mano hacia el pajarito.*)
FERMÍN.—(*Caprichoso.*) ¡No! (*Lo esconde tras la espalda.*) Le
apreté el cogote, para usted, y me lo despreció.
DOLORES.—Hice mal. Dámelo. (*Como un niño caprichoso, FER-
MÍN niega con la cabeza.*) Sí. Lo voy a cuidar. (*FERMÍN le tiende
el pajarito. DOLORES lo toma, le alisa las plumas con la punta
del dedo.*) Es lindo.
FERMÍN.—(*Sonríe.*) Quieto. No canta.
DOLORES.—Gracias, Fermín. Lo guardaré. Ahora... andate⁷.
FERMÍN.—¿No me da un premio por mi regalo?
DOLORES.—Sí. (*FERMÍN se acerca, se arrodilla y le besa el pie. DO-
LORES lo aparta enseguida.*)
FERMÍN.—Antes me dejaba más. No me gusta que esté tanto
tiempo con ése. Se lo dije al señor.
DOLORES.—¿Qué le dijiste?
FERMÍN.—(*Malévolo.*) ¿Le interesa? ¿Qué me da si se lo
cuento?
DOLORES.—¡Nada! ¡Los chismosos me asquean!
FERMÍN.—¡Deme el pajarito!
DOLORES.—(*Ríe, con esfuerzo.*) ¡No, Fermín! ¿Por qué te eno-
jás? Es un lindo pájaro... sólo que está muerto. (*Lo acaricia.*) Gracias, Fermín.
FERMÍN.—Si le gusta... déjeme. (*DOLORES tiende el pie, FERMÍN
le besa el zapato, tiende tímidamente la mano hacia el tobillo.*)
DOLORES.—¡Basta! (*Suaviza el tono.*) Basta, Fermín. Fermincito.
Mi padre te estará buscando. Sos su mano derecha.

⁷ «andate»: «vete», argentinismo.

FERMÍN.—(*Se alza.*) ¡Sí que soy su mano derecha! (*Va hacia la
puerta. Se vuelve.*) Hace rato que no me llamaba Fermincito.
¡No le voy a decir nada al señor! ¡Y le buscaré más rega-
los, como antes! (*Va a salir.*) Y usted, ¡no hable tanto con
el jorobado! ¡Se la dejó marcada, la joroba! (*Ríe, sale.*)
DOLORES.—Por mi culpa. Jorobado. ¿Por qué no lo digo, por
qué me ofende que lo digan los otros? (*Con esfuerzo.*) Joro-
ba-do. Mi Rafael es jorobado. ¡No! No tiene joroba, no tie-
ne defecto alguno. Lo querría sin piernas. Ciego. (*Con cuida-
do, sin mirar, deposita el pájaro sobre la mesa. Sin mirar, se limpia
las manos.*) Jo-ro-ba-do. ¿Por qué me enamoré de un joroba-
do si hay tantos derechos, normales, si hay tantos hombres
que caminan sin ningún peso en las espaldas? Con el alma
negra, ¡pero ningún peso en las espaldas! (*Con esfuerzo, entre
dientes.*) Rafael jorobado. ¡Joro-ba-do! (*Se tapa la boca.*) ¡No
puedo!

(*Entra RAFAEL.*)

RAFAEL.—No sé para qué me mandó llamar. ¡Tonteras! Algo
que combinó con Fermín y... (*La mira.*) ¿Qué te pasa?
DOLORES.—Nada. (*Se incorpora.*) Te miro.
RAFAEL.—(*Tristemente.*) ¿Y cómo me ves?
DOLORES.—(*Corre hacia él, lo abraza, repite y es cierto.*) ¡Hermo-
so, hermoso, hermoso!

Escena VII

DOLORES y la MADRE en el salón. La MADRE le acomoda el vestido. La mira.

MADRE.—Estás bonita. Pero pálida.

DOLORES.—La emoción, mamá.

MADRE.—Juan Pedro es maravilloso, tan cortés, ¿lo notaste? Siempre me pide permiso.

DOLORES.—*(Burlona.)* Y te conquistó.

MADRE.—¿Y a vos no? Tu padre está muy contento.

DOLORES.—¿Ya hicieron negocios juntos?

MADRE.—¡Qué ocurrencia!

DOLORES.—*(Simula ingenuidad.)* ¿Por qué? Papá tenía unos campos para vender, Juan Pedro unos campos para comprar. Papá está bien relacionado y Juan Pedro está mejor. Papá aprueba y Juan Pedro aplaude. Y los dos dicen que los inmundos, salvajes, asquerosos, deben morir. Y esto abarca mucho. ¿Quién no es salvaje? ¿Quién no es asqueroso? ¿Quién no es inmundo? Sólo el poder otorga una pureza que nada toca.

MADRE.—Dolores, cuando hablás así no te conozco. ¿No será Rafael quien...?

DOLORES.—¿Ése? Ése no sale del francés y del latín, mamá. Si piensa, piensa en un idioma que nadie entiende.

MADRE.—Estás pálida. *(Le pellizca las mejillas.)* Así tendrás mejor color.

DOLORES.—Más alegría.

(FERMÍN abre la puerta a JUAN PEDRO.)

JUAN PEDRO.—Señoras. (*Saluda a la MADRE, luego a DOLORES, cuya mano retiene un momento entre las suyas.*) Me siento muy feliz.

DOLORES.—Yo también.

JUAN PEDRO.—Acabo de comprar una casa. Estoy ansioso porque usted la vea. Podríamos ir mañana. Con su permiso, señora.

MADRE.—(*Contenta.*) Lo tiene.

JUAN PEDRO.—(*A DOLORES.*) Quisiera que fuera de su agrado.

DOLORES.—Todo es de mi agrado.

JUAN PEDRO.—Y que elija los muebles. Ya los tengo vistos, pero desearía su aprobación.

DOLORES.—(*Remedando a la MADRE.*) ¡La tiene!

JUAN PEDRO.—(*A la MADRE.*) ¿Puedo esperar que nos acompañe, señora?

MADRE.—Sí, encantada. ¿Hacia el mediodía? (*A DOLORES, inquieta.*) ¿Creés que tu padre tendrá algún inconveniente? Él, para el almuerzo, es...

DOLORES.—(*La interrumpe.*) Ninguno. ¿Pero para qué? Todo estará perfecto. Aunque haya dos sillas, una mesa, una cama.

JUAN PEDRO.—(*Sonríe.*) Más que eso habrá.

DOLORES.—Lo sé. Compraremos plantas y ese será nuestro lujo. Las plantas y las flores. Y me gustaría una hiedra.

JUAN PEDRO.—El lujo serán las cortinas de raso granate, y los muebles importados y las alfombras. Una servidumbre numerosa para que no la roce ninguna fatiga.

DOLORES.—Me gusta cuidar las plantas.

JUAN PEDRO.—Por supuesto, las cuidará. Como ocio.

DOLORES.—Es usted muy amable. Y tendremos hijos.

JUAN PEDRO.—(*Con una sonrisa embarazada hacia la MADRE.*) También.

MADRE.—Siéntense y charlen tranquilos. Traeré mi costura y les haré compañía. (*Sale.*)

DOLORES.—Con el profesor me deja sola.

JUAN PEDRO.—Es un jorobado. Y... (*Sonríe.*) Y yo tengo más derechos. (*Sin otra palabra, se le tira encima. La toca brutal-*

mente y pretende besarla. DOLORES se resiste. La escena se desarrolla en silencio, intensa y violenta. Ante un ruido de la puerta, JUAN PEDRO se separa y se recompone rápidamente. Entra la MADRE.)

MADRE.—(*Con una sonrisa.*) Acá estoy. (*Ve agitada a DOLORES, pero no se permite registrar la verdad. Le acaricia la mejilla al pasar.*) ¡Qué colores! ¡Siéntense! Yo terminaré esto. (*Se sienta aparte, con su costura.*)

JUAN PEDRO.—Le decía a Dolores que me siento muy feliz. (*A DOLORES.*) No sabía...

DOLORES.—Yo tampoco. Me parecía que todos los hombres eran tontos y serviles. Ahora comprendo.

JUAN PEDRO.—¿Qué?

DOLORES.—Que nada es tan simple como uno cree. Y nada tampoco tan complicado. Que lo derecho puede ser torcido y lo giboso plano como un campo dorado. (*Ríe, ácida.*)

JUAN PEDRO.—No entiendo. ¿Por qué no hablar llanamente? No soy hombre de estudios.

DOLORES.—Por eso del profesor tonto que le eligió su padre, debe ser. Quería decir que basta encontrar a quien nos está destinado.

JUAN PEDRO.—¿Soy yo?

DOLORES.—Es quien debe ser.

JUAN PEDRO.—Gracias. (*Mira hacia la MADRE, para observar si los vigila. La MADRE levanta la cabeza en ese momento y le sonríe. JUAN PEDRO roza entonces, apenas, delicadamente, la mano de DOLORES con la suya.*) Le pedí a su padre que despida al jorobado.

DOLORES.—¿Por qué?

JUAN PEDRO.—No es agradable de ver. (*Lanza una risita.*) La belleza pide belleza, y además, falta tan poco para que nos casemos, tres meses apenas... Es superfluo. Ya sabe lo que una mujer debe saber y el resto... se lo enseñaré yo.

DOLORES.—Justo. Pero hasta que nos casemos, que se quede. Después no aprenderé más nada.

JUAN PEDRO.—Salvo a ser mi esposa.

DOLORES.—Lo aprenderé bien. ¿Le pedirá a mi padre que lo deje hasta entonces?

JUAN PEDRO.—Sí. Si es su deseo.
 DOLORES.—Es mi «tonto» deseo. Le diré que cuando usted me visite, se esconda. Yo no lo miro. No necesito mirarlo.
 JUAN PEDRO.—Es usted hermosa. (*Mira hacia la MADRE, quien tiene la cabeza baja sobre su costura. Entonces, toma la mano de DOLORES y se la aprieta contra el sexo. DOLORES se aparta con violencia.*)
 DOLORES.—Mamá, Juan Pedro se va.
 MADRE.—¿Tan pronto?
 JUAN PEDRO.—Sí. (*Se levanta.*) Pasaré a buscarlas mañana para ver la casa.
 MADRE.—Iremos con gusto.
 DOLORES.—Ya la imagino. Paredes encaladas...
 JUAN PEDRO.—(*Sonríe.*) Rojas...
 DOLORES.—Y una mesa de pino.
 JUAN PEDRO.—Roble.
 DOLORES.—Y sillas de paja. (JUAN PEDRO *ríe.*) Y una cama no muy grande...
 MADRE.—Dolores...
 DOLORES.—Perdón, mamá.
 JUAN PEDRO.—Hasta mañana. A las doce estaré aquí. (*Besa la mano a DOLORES. La MADRE lo acompaña. Salen.*)
 DOLORES.—Esa será «nuestra» casa, estúpido, no la tuya. (*Se asoma RAFAEL.*) ¡Rafael!
 RAFAEL.—¡Dolores! ¿Lo viste?
 DOLORES.—Acaba de marcharse.
 RAFAEL.—¿De qué hablaron?
 DOLORES.—No importa.
 RAFAEL.—Sí, importa.
 DOLORES.—¿Estás celoso?
 RAFAEL.—Sí.
 DOLORES.—¿Cómo son tus celos?
 RAFAEL.—(*Finge ferocidad.*) ¡Brrr! ¡Lo mataría! (*Cambia de tono.*) Lo odio... con su espalda derecha.
 DOLORES.—¿Derecha? Es un nudo lascivo.
 RAFAEL.—¿Qué? ¿Por qué?
 DOLORES.—¡Por nada! ¿Ya arreglaste todo?
 RAFAEL.—Sí. Del otro lado del río no pasan carros, no hay silencio impuesto.



Soledad Silveyra y Óscar Martínez en *La malasangre*.

DOLORES.—Dicen que es una ciudad pequeña que todavía tiene un tiempo de paz. ¿Cuándo, Rafael?

RAFAEL.—Hoy. Cruzaremos el río a las diez de la noche.

DOLORES.—¡Oh, tengo tal susto, Rafael!

RAFAEL.—Y yo también. ¡Atreverse con una niña rica! Es grave esto que hago.

DOLORES.—Que hacemos.

RAFAEL.—No se mide con la misma vara.

DOLORES.—¿Te arriesgo?

RAFAEL.—No. Lo que arriesga es la infamia. Fermín o...

DOLORES.—Mi padre.

RAFAEL.—Sí. Y la ciudad detrás de tu padre. Pero todo saldrá bien.

DOLORES.—Tendremos una casa con retamas y santa ritas. Y una cama chica.

RAFAEL.—Grande.

DOLORES.—¿Por qué grande?

RAFAEL.—*(Le cuesta, pero hace la broma.)* ¡Para que no te tropieces con mi joroba! *(Ríe con esfuerzo, pero como DOLORES ríe libremente, se tientan los dos, felices.)* Y no tendremos nada rojo. Nada que huela a sangre.

DOLORES.—Todo blanco.

RAFAEL.—Todo blanco hasta en la oscuridad.

DOLORES.—Mostrame los ojos. *(Se los besa.)* Te quiero con los ojos abiertos y cerrados. Y tendremos niños.

RAFAEL.—No de mí.

DOLORES.—*(Enojada.)* ¿De quién si... no? ¿Qué pensás?

RAFAEL.—*(Sonríe, triste.)* No saqué las garras, leona.

DOLORES.—Las saco con los tontos. Serán hermosos. Seguro. Como vos, tan derecho adentro, tan bien construido.

RAFAEL.—¡Ay, es demasiado!

DOLORES.—Demasiado, ¿qué?

RAFAEL.—Este amor...

DOLORES.—*(Ríe, canturrea.)* ¡Rafael se asustó! Es una niña bonita, ¡tiene miedo del amor!

RAFAEL.—¿Quién tiene miedo? *(La abraza cuerpo a cuerpo.)*

DOLORES.—*(Contesta.)* ¡Rafael!

RAFAEL.—¿Yo tengo miedo? ¿Te parece? *(La aprieta.)*

DOLORES.—*(Por un segundo no entiende. De pronto.)* ¡Oh, Rafael! *(RAFAEL ríe.)* ¡Soltame! ¡Estoy de novia!

RAFAEL.—*(La suelta.)* ¡Con el señor de los Campos Dorados! *(Remeda a JUAN PEDRO.)* ¿Baila conmigo?

DOLORES.—*(Remeda, con las manos abiertas sobre los ojos.)* ¡No lo miraré para no asustarme!

RAFAEL.—¡Sí me mirarás! *(La persigue en torno de la mesa.)*

DOLORES.—¡No que me impresiono!

RAFAEL.—*(Logra sujetarla por una mano.)* Te salvás de un buen nombre, ¡señora de los Campos Dorados!

DOLORES.—*(Ríe.)* ¡Ay, qué nombre! ¡Campos Plateados!

RAFAEL.—¡Dorados!

DOLORES.—¡Inundados! *(Remeda.)* Es superfluo que usted estudie. Ya sabe lo que una mujer debe saber y el resto... se lo enseñaré yo.

RAFAEL.—*(Tierno y alusivo.)* ¡«Yo» te lo enseñaré! *(Ríe.)* Acercate.

DOLORES.—¡No! *(Ríe, se escapa. Con gran ruido, se protege con una silla. Se oye pasar el carro. Atienden los dos, dejan de reír.)*

RAFAEL.—¡Ssss! Hagamos silencio.

DOLORES.—¡No! ¡No me asusta ningún maldito carro! No sólo te elijo a vos, ¡elijo cabezas sobre los hombros!

RAFAEL.—Sí, pero hagamos silencio. ¡No seas loca!

DOLORES.—¡No soy! Yo, Dolores, soy cuerda y dejo la locura a los tristes. Vení. ¿Querés casarte conmigo?

RAFAEL.—Sí.

DOLORES.—¿Cuándo?

RAFAEL.—Mañana.

DOLORES.—A esta hora estaremos lejos. ¿Querés vino?

RAFAEL.—No bebo.

DOLORES.—*(Lo abraza.)* Entonces, te bebo a vos.

RAFAEL.—*(Tiernamente alusivo.)* Pero entero, ¿eh? *(DOLORES ríe, cierra los ojos con la cabeza apoyada sobre el hombro de RAFAEL. Se oye pasar el carro.)*

DOLORES.—*(Se pone rígida, se separa.)* Pasa el carro otra vez.

RAFAEL.—Sí. No debemos olvidarlo, Dolores. Aunque seamos felices, no debemos olvidar que pasa el carro. Yo también: no sólo te elijo a vos, elijo cabezas sobre los hom-

bros... *(Se oye pasar el carro. Se miran inmóviles. En un momento, DOLORES extiende la mano hacia el rostro de RAFAEL. La deja inmóvil en el aire. RAFAEL se inclina y apoya su rostro en la mano.)*

Escena VIII

El salón en penumbras. DOLORES espera en un rincón, un abrigo sobre los hombros, sosteniendo un pequeño atado entre sus manos. Hay un ruido afuera, no muy fuerte, como una puerta que bate o que se abre y se cierra.

DOLORES.—*(Se sobresalta, susurra.)* ¿Rafael? *(Silencio. Suspira y deja el atado en el suelo. Canta como una niña que teme la oscuridad, pero la voz se le quiebra. Silenciosamente, entra alguien.)*
¿Rafael? *(Se acerca y toca. Con una exclamación ahogada.)*
¡Mamá!

MADRE.—¿Qué estás haciendo aquí, Dolores? A esta hora.

DOLORES.—No podía dormir. Tenía... hambre.

MADRE.—*(Grave y reticente.)* Sí. No comiste en la cena.

DOLORES.—Por eso.

MADRE.—Hubieras ido a la cocina. Llamado a un criado.

DOLORES.—No... se me ocurrió.

MADRE.—Podés irte a dormir. *(Una pausa.)* No vendrá.

DOLORES.—¿Quién?

MADRE.—Rafael. *(Le saca el abrigo de los hombros.)* Vestida para salir. *(Señala el bulto en el suelo.)* Se iban a ir juntos. Robaste la casa.

DOLORES.—*(Ríe temblorosa.)* ¡Qué idea! Hacía frío. Tengo frío. *(Esboza un gesto para tomar el abrigo, pero no lo concluye.)*

MADRE.—Nunca mentías.

DOLORES.—*(Un silencio.)* Es verdad. *(El diálogo siguiente se desarrolla en tono casi confidencial, la voz de DOLORES demasiado tranquila.)*

MADRE.—Tu padre se enteró.
DOLORES.—¿Se enteró? ¿Cómo? (*Silencio de la MADRE.*) ¿Cómo?
¿Lo sabías?
MADRE.—Me di cuenta.
DOLORES.—Vos te diste cuenta, ¿y él? ¿Se lo dijo Fermín?
(*Silencio de la MADRE.*) ¿Fermín?
MADRE.—No.
DOLORES.—Tampoco vos mentís. (*Le acaricia la mejilla.*) Te lo agradezco. ¿Se lo dijiste? ¿Cuándo?
MADRE.—Antes de la cena, esta tarde.
DOLORES.—Si comimos juntos después y no... Papá me dijo: chiquita, comé. Y bromeó. Estaba contento y sabía... ¿Por qué estaba contento?
MADRE.—Sabía.
DOLORES.—¿Dónde está Rafael?
MADRE.—(*Intenta marcharse.*) Vamos a dormir.
DOLORES.—(*La retiene.*) ¿Dónde está?
MADRE.—Ya no importa.
DOLORES.—(*Muy bajo, pero con gran tensión.*) «¿Ya?». Antes y después y siempre importa. (*Alza la voz.*) ¿Ya?
MADRE.—No grités.
DOLORES.—¿Todo el mundo duerme?
MADRE.—No. Nadie duerme.
DOLORES.—¿Y Rafael?
MADRE.—Duerme.
DOLORES.—¿El...?
MADRE.—¡Duerme!
DOLORES.—(*Incrédula.*) Nos... denunciaste. Estuviste espionándonos y... nos denunciaste.
MADRE.—No. Yo pensé que...
DOLORES.—Si nunca pensaste nada. ¿«Cuándo» empezaste a pensar? ¿Para qué?
MADRE.—Pensé que era mejor.
DOLORES.—Oh, qué algodón tenés adentro. Qué algodón sucio...
MADRE.—Dolores.
DOLORES.—Dolores mi alegría.
MADRE.—¿Dónde iban a ir? Mi chiquita que roba en su casa y... y un jorobado por...

DOLORES.—(*Con odio frío y concentrado.*) Envidiosa. Aceptaste todo desde el principio, envidiosa de que los otros vivan. No por cariño. Miedo. Tímida de todo. A mí me hiciste esto. Miedo de vivir hasta a través de mí. Humillada que ama su humillación.
MADRE.—No quiero oírte, no entiendo, no... Siempre fuiste caprichosa. ¡Vamos a dormir! (*Con angustia.*) Acostate en tu cama y...
DOLORES.—Espero a Rafael.
MADRE.—Y tapate... y cerrá los ojos y... la puerta de tu cuarto para que nadie entre...
DOLORES.—Espero a Rafael.
MADRE.—No vendrá.
DOLORES.—¿Por qué estás tan segura? Duerme, dijiste, ¿Cómo puede dormir?
MADRE.—No vendrá.
DOLORES.—¿Por qué? ¿Qué le han hecho? ¿Qué le ha hecho ese hombre que odia todo lo que no sea su poder?
MADRE.—Ya...
DOLORES.—(*Salvaje.*) ¡Dije que no digas «ya»! ¡Voy a buscarlo!
MADRE.—¡No! (*La retiene.*)
DOLORES.—¡Dejame salir! ¿Nadie duerme? ¡Pues que se muestren despiertos! (*Se suelta.*) ¡Voy a buscarlo!
MADRE.—¡No vayas!
DOLORES.—(*Se detiene.*) ¿Por qué?
MADRE.—Lo traerán aquí. ¡Yo no quería!
DOLORES.—¿Qué?
MADRE.—(*Vencida.*) Que lo trajeran...
DOLORES.—¿Le han... pegado? ¿El escarmiento? ¿Creen que los seres escarmientan? ¿Pero qué piensan que somos? ¿Qué bestias son que no se conocen?
MADRE.—Callate. (*Rompe a llorar.*)
DOLORES.—Tus lágrimas. (*Lentamente.*) Ahora. Ya entiendo.
MADRE.—(*Llora.*) ¡Dolores!
DOLORES.—Qué espanto me dan tus lágrimas. Me pusiste un buen nombre. El nombre es el destino. (*Alza la voz.*) ¡Yo no lloraré! Seca en mi odio. ¿Por qué estamos en esta oscuridad? Es de noche. (*Sonríe crispada.*) Iba a escaparme.

Pero no hay razón para la oscuridad. Encenderé las luces. *(Enciende febrilmente las velas, una por una, pero habla con terna tranquilidad.)* Para vernos las caras, mamá. Si no, una puede engañarse, oigo tu llanto, pero no lo veo bien. ¿Te pegó papá? ¿Por eso llorás? ¿A ver tu cara? *(Brutalmente, le toma el rostro que la MADRE quiere hurtar.)* Es la misma. Más fea. Tocate. *(Le lleva la mano a la cara.)* Un tumor sobre la boca y telarañas sobre los ojos. Lagañas también. ¡Tocate! Vas a sentir tu propia fealdad. *(La deja.)* Y mi cara, ¿cómo es ahora? *(Se toca.)* No me la conozco. Pero no es mi cara la que me importa. ¡Ni la tuya!

MADRE.—No grités, Dolores, no me guardés rencor. ¡Se me escapó todo de las manos! Tu padre me preguntó y...

DOLORES.—*(Con exasperación contenida, como si intentara una explicación común.)* Es lo que pasa, mamá. Cuando se decide por los otros, es lo que pasa, se escapa todo de las manos y el castigo no pertenece a nadie. Entonces, uno finge que no pasó nada y todo el mundo duerme en buena oscuridad, y como el sol no se cae, al día siguiente uno dice: no pasó nada. E ignora su propia fealdad. ¡Tocate! *(Con una sonrisa crispada.)* Y para colmo, encendí las luces. *(La MADRE tiende la mano para apagar una.)* ¡No te atrevas! ¡Necesito ver el castigo! Necesito que no me quiten eso, el cuerpo castigado. *(Va hacia la puerta, grita furiosa de dolor.)* ¡Fermín! ¡Fermín! *(FERMÍN se asoma enseguida.)* Nadie duerme hoy en esta casa. ¿Qué te ordenó mi padre?

FERMÍN.—Que lo trajera.

DOLORES.—¿Y qué esperás, lacayo? ¿Que te lllore?

FERMÍN.—Conocí a la señorita de niña. No me gusta que sufra.

DOLORES.—*(Ríe.)* ¡Buena respuesta! *(Se corta. Feroz.)* ¡Traélo!

FERMÍN.—Su padre me lo ordenó. *(Su brutalidad se impone. Sonríe.)* Quería que el jorobado no faltara a la cita.

DOLORES.—*(Suavemente.)* No lo hagás faltar. *(Sale FERMÍN.)*

DOLORES *enciende otra vela. Con dura naturalidad.)* Quedó apagada ésta. ¿Me ves bien, mamá?

MADRE.—Dolores, ¿por qué no te fuiste?

DOLORES.—*(Con frío desprecio.)* ¿A encerrarme en mi cuarto? No hay ninguna puerta para el dolor, mamá. ¡Tonta! *(Se*

abre la puerta. FERMÍN carga el cuerpo sin vida de RAFAEL. Lo arroja como un fardo sobre el piso. DOLORES, inmóvil, no aparta la vista.)

FERMÍN.—*(Con un gesto de excusa.)* Yo le hubiera pegado nada más. *(Se le escapa la risa.)* ¡En la joroba!

MADRE.—Está bien, Fermín. Andate.

(Sale FERMÍN.)

DOLORES.—*(Siempre con la vista fija en RAFAEL.)* Gracias, mamá. *(Con movimientos rígidos, se acerca, se arrodilla junto a él. Serena y en silencio. No lo toca. Lo mira largamente.)* No bastaba pegarte, jorobadito. Pero no fue por tu joroba. Jorobadito. Todos debemos vivir de la misma manera. Y quien pretende escapar, muere. *(La MADRE solloza. DOLORES se alza.)* ¡Fuera!

MADRE.—*(Intenta acercarse.)* ¡No me echés! ¡Es que tu padre es tan duro!

DOLORES.—*(Salvaje.)* ¡Fuera! ¡Quiero estar sola! ¡Decile gracias! ¡Le agradezco que me permita mirar a mi muerto! ¡Pero no quiero llantos a mi alrededor! ¡Llanto hipócrita! ¡Fuera!

(Entra el PADRE, con FERMÍN, quien trae una bandeja con una jarra y tres tazas.)

PADRE.—*(Muy tranquilo.)* ¿Quién grita? Dolores, no me gustan los gritos. No me dejan pensar. Vamos a dormir todos, ¿eh? Ni hablaremos de esto. Nos bebemos una taza de chocolate y...

DOLORES.—A dormir... *(Mira a los tres, masculla con un odio contenido y feroz.)* ¡Canallas! ¡Canallas! ¡Que el odio los consuma! ¡Que la memoria no los deje vivir en paz! ¡A vos, con tu poder, y a vos, mano verduga, y a vos, hipócrita y pusilánime!

PADRE.—¿Qué criamos? ¿Una víbora? ¡Ya te sacaremos el veneno de la boca!

DOLORES.—¡No podrás! ¡Tengo un veneno dulce, un veneno que mastico y trago!

PADRE.—Peor para vos. Ahora a dormir, ¡y es una orden!

DOLORES.—*(Ríe.)* ¿Qué? ¿Cómo no te das cuenta, papito? Tan sabio. *(Furiosa.)* ¡Ya nadie ordena nada! *(Con una voz áspera y gutural.)* ¡En mí y conmigo, nadie ordena nada! ¡Ya no hay ningún más allá para tener miedo! ¡Ya no tengo miedo! ¡Soy libre!

PADRE.—*(Furioso.)* ¡Silencio! ¡Nadie es libre cuando yo no quiero! ¡En esta casa, mando yo todavía! ¡Dije a dormir!

DOLORES.—¡Jamás cerraré los ojos! Si me dejás viva, ¡jamás cerraré los ojos! ¡Voy a mirarte siempre despierta, con tanta furia, con tanto asco!

PADRE.—¡Silencio!

DOLORES.—¡Te lo regalo el silencio! ¡No sé lo que haré, pero ya es bastante no tener miedo! *(Ríe, estertorosa y salvaje.)* ¡No te esperabas ésta! ¡Tu niñita, tu tierna criatura...!

MADRE.—¡Dolores!

DOLORES.—Dolores, ¿qué? *(Desafiante, al PADRE.)* ¡Dolores mi alegría, me decía el jorobado! ¡A tus espaldas!

PADRE.—¡Te molere a golpes! *(Va a pegarle, pero la MADRE se interpone y recibe el bofetón.)*

DOLORES.—¡Gracias, mamá! ¡A buena hora! ¡El algodón sucio sirve! ¡Te dije que no tengo miedo! ¡Menos de éste!

PADRE.—¡Que se calle! ¡Fermín, llevátela! ¡Sáquenla de mi vista!

DOLORES.—*(Forcejea, mientras FERMÍN la arrastra, grita furiosa.)* ¡Te odio! ¡Te odio!

PADRE.—¡Silencio!

DOLORES.—*(Con una voz rota e irreconocible.)* ¡El silencio grita! ¡Yo me callo, pero el silencio grita!

(FERMÍN, junto con la MADRE, la arrastra hacia afuera y la última frase se prolonga en un grito feroz. Una larga pausa.)

PADRE.—*(Mira de soslayo el cuerpo de RAFAEL. Se yergue inmóvil, con los ojos perdidos. Suspira.)* Qué silencio...

Lca

Después de un momento

TELÓN